



# MARÍA

el Camino  
de la Madre  
del Señor

El testimonio de las  
Escrituras sobre su  
vida junto a Jesús

M. Basilea Schlink

**MARÍA-  
EL CAMINO DE  
LA MADRE DEL SEÑOR**

**M. BASILEA SCHLINK**



Hermandad Evangélica de María  
Darmstadt-Eberstadt, Alemania

Título original en alemán:  
*María – der Weg der Mutter des Herrn*

Primera edición en español 1978  
5. edición revisada en español 2009  
Versión como PDF en español 2022  
ISBN 978-3-87209-924-8

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft  
Darmstadt, Alemania, 2009  
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

En la citación de textos bíblicos usamos la "Biblia Sagrada"  
en las versiones: La Nueva Versión Internacional 1999;  
Dios Habla Hoy 1983; y Reina Valera 1960.

[info-es@kanaan.org](mailto:info-es@kanaan.org)

[www.kanaanhispano.net](http://www.kanaanhispano.net)

# ÍNDICE

La anunciación a María.....	5
La visitación a Elisabet.....	23
El nacimiento de Jesús.....	37
La presentación de Jesús en el Templo.....	56
La visita de los Sabios del Oriente y la huida a Egipto.....	69
María acompaña a Jesús durante Su infancia y juventud.....	78
María durante la primera etapa del ministerio público de Jesús.....	93
María acompaña a su Hijo hasta la Cruz.....	111
Epílogo.....	133

## LA ANUNCIACIÓN A MARÍA

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David.

La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo: “¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.” Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.

“No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor”, le dijo el ángel. “Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y lo pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.” “¿Cómo podrá suceder esto”, le preguntó María al ángel, “puesto que soy virgen?”

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible.”

“Aquí tienes a la sierva del Señor”, contestó María. “Que él haga conmigo como me has dicho.”

Con esto, el ángel la dejó.

Lucas 1.26-38

Oh, sagrada y santa hora,  
cuando Gabriel bajó  
y a la humilde doncella  
la bendita noticia le dio.

Él bajó de lo alto del cielo,  
con gloria y brillante atavío,  
llenando de celestial resplandor  
el cuarto de esa pobre doncella.

Su saludo celestial para ella,  
la amada por Dios,  
y sus noticias santas y sorprendentes  
llenan primero de temor su corazón.  
Sus palabras de gracia la admiran.

“¿Cómo puede suceder esto?”  
La luz y la gloria la deslumbran  
y ella se maravilla de todo.  
“Oh María, tú has sido bendecida,  
porque Dios te ha escogido  
para concebir a Su Hijo, el Salvador”

¿Cómo puede ser verdad esto?  
La doncella, con sencilla reverencia,  
dijo estas palabras trascendentales:  
“Haz conmigo, tu sierva,  
según tu voluntad, Señor mío”.

El ángel llevó su respuesta  
al Santísimo Trono de Dios,  
y por decir ella “Sí, Señor”,  
el Hijo de Dios nos visitó.





Quizás haya sido durante una hora de silenciosa oración cuando la increíble noticia llegó a los oídos de María. Nunca antes se había oído en el mundo nada igual: Dios deseaba descender sobre esta Tierra y visitar a los hijos de los hombres, pero no como solía visitar a Adán y a Eva hace tanto tiempo en el jardín del Edén. No, Él quería convertirse en un ser humano en este mundo. Y entre millones de mujeres Dios escogió a una en cuyo vientre iba a colocar al Hijo, de la misma sustancia que el Padre. Allí, su Hijo se desarrollaría como un niño y vendría del mismo modo que nosotros, con carne y sangre como las nuestras. ¡Qué bondad la de Dios! ¡Cuán cerca de los seres humanos quiere estar el Dios eterno al unirse con nosotros!

¿Y quién fue la escogida, la favorecida de Dios entre todas las demás mujeres? María.

La noticia se la dio el mensajero de Dios, Gabriel, un radiante príncipe angélico, comúnmente conocido como uno de los siete ángeles que permanecen delante del Santo Trono de Dios. Acercándose a ella, la saludó con las palabras: “*¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo*” (Lucas 1.28). Un ser humano favorecido con la divina gracia, una mujer escogida por el Señor. Así es como las Sagradas Escrituras nos describen a María.

En el mundo celestial debió haberse despertado gran interés por este acontecimiento: se estaba preparando una morada para el Hijo unigénito de Dios, una residencia para Su Divina Persona.

¿A quién iba Dios a confiarle Su amadísimo, Su único Hijo, que iba a ser concebido en el seno de una virgen? ¿En cuál corazón asumiría Su Hijo un cuerpo humano como un tierno infante, hasta con cierto parecido con Su madre? Con gran amor, el Padre celestial debió haber planeado este llamamiento mucho antes de la creación del mundo.

¡Qué sentimientos de reverencia y admiración embargarían a las huestes de ángeles y arcángeles en el momento en que Dios les dio a conocer su decisión!. El nombre de María debieron haberlo pronunciado todos. A los ángeles no se les otorgó el privilegio de ser la morada de Dios Hijo. A un ser humano, María, la favorecida, se le concedió el privilegio de recibirlo. ¡Qué grandiosa misión la de traer al mundo a la verdadera fuente de vida, a Jesucristo, el Hijo de Dios!

*“Bendita tú entre las mujeres”*(RV). Así es como Dios la saludó por intermedio del ángel. Después de que la maldición cayó sobre nosotros por causa de Eva, María fue escogida para llevar en sus entrañas a Cristo, el Salvador, por quien recibiríamos la gracia de Dios.

Eva estaba destinada a ser la madre de todos los seres humanos, que habitarían con Dios en Su paraíso y a tener dominio sobre la Tierra. Por su desobediencia, ella perdió este derecho y se convirtió en la madre de los perdidos, ya que, por No obedecer el mandato de Dios, las puertas del paraíso fueron cerradas para todos nosotros. ¿De los labios de otra mujer brotaría de nuevo un NO, que impediría la venida de Aquel que nos abriría las puertas del paraíso? ¿O podría Dios evocar en María un SÍ que la convertiría en la favorecida, por medio de la cual Él podría darle al mundo un Salvador, Su Hijo, que como un segundo Adán reabrirla el paraíso para nosotros?

Un mensaje que implique un llamamiento no puede realizarse a menos que sea recibido con fe, ni un llamado puede materializarse sin el consentimiento de la persona a quien se le hace. Todos en el Cielo estarían aguardando, en suspenso, esta respuesta. A diferencia de Eva, no se esperaba simplemente que María obedeciera un mandato de Dios. No, aquí Dios estaba pidiendo algo excepcional de una persona.

A María se le estaba haciendo un llamamiento muy especial, se le estaba anunciando que mediante ella nacería un niño, el Hijo de Dios, y que esto no iba a suceder por la intervención de un hombre sino por el poder del Espíritu Santo. Uno está casi tentado a pensar que resultaba más comprensible que la respuesta fuera no. ¿Acaso no tenemos mayor libertad de aceptar o

rechazar una oferta que una orden? Cuando se nos hace un llamamiento especial, en cierto sentido, es algo que se nos ofrece. ¿Y no era incomprensible el llamado que Dios le había dado – contrario a todas Sus leyes y direcciones normales para nosotros los seres humanos aquí en la tierra?

Más se esperaba de María que de Eva, quien solamente tenía que creer que los mandatos de Dios eran buenos y correctos, inspirados por Su amor, como lo eran también Sus prohibiciones. Nunca antes se le había pedido a una persona que creyera lo que María debía creer: que Dios estuviera en contra de Sus propias leyes sobre la naturaleza con respecto a la concepción y al nacimiento, y que, del modo anunciado por el ángel, tomara forma humana dentro de ella. ¡Qué cosa tan imposible y difícil de creer!

María, más que cualquier otra persona, necesitaba creer en una promesa de Dios que desafiaba todas las demás razones humanas. Lo que a nosotros se nos pide que creamos, otros lo han creído antes: que Dios puede cambiar a las personas y las circunstancias, sanar a los enfermos y dar solución a situaciones aparentemente irremediables. Una fe así se ejercita a un nivel que está dentro de nuestro alcance. Y de vez en cuando Dios ha podido glorificarse por medio de alguien cuya gran fe se extiende más allá de ese nivel. Un brillante ejemplo es la fe de un hombre como Abraham quien, confiado en la promesa de Dios,

contó con el hecho de que Dios le da vida a algo que no existe y puede hacer que un hijo sea concebido en un vientre infecundo, tal como Ana y Elisabet lo experimentaron posteriormente. Sin embargo, lo que se le pedía a María que creyera nunca había ocurrido antes: Dios mismo, el Santo, el Eterno, por medio de ella vendría al mundo como un ser humano. Creer esto era diametralmente opuesto a cualquier razonamiento humano.

De María se requería una fe única. Creer en una doctrina no habría sido tan difícil, aunque ahora a muchos les parece extremadamente difícil creer en el nacimiento virginal, el acontecimiento profetizado en la Anunciación y confirmado en los Evangelios. Ellos lo hallan difícil, a pesar de que la Biblia nos enseña a creer en este misterio, son verdaderas y como lo ha probado el mismo Dios, muchas otras profecías de gracia y juicio citadas en las Sagradas Escrituras se han cumplido con el transcurso de los años. Pero María tenía que creer por sí misma en que este milagro único se gastaría dentro y por intermedio de ella. Al mismo tiempo, tenía que comprometerse a seguir el camino indicado y a soportar todas las consecuencias que implicaba, y esa era la parte más dura. Nadie más ha tenido que dar un salto en la oscuridad como éste. Sólo podemos adivinar cuánto le habrá costado este acto de fe. Sara se rio cuando Dios le dijo que daría a luz un hijo en su vejez. Pero lo que

Dios le pedía a María que creyera era mucho más imposible.

Este camino de fe exigía una dosis excepcional de coraje y determinación de parte de María. Y no había nadie con quien ella pudiera hablar, ninguno que pudiera aconsejarla. Ante dicha situación, María se encontraba muy lejos de cualquier esfera de experiencia humana. Todo lo que podía hacer era aferrarse a Dios, con quien estaba unida por la promesa. Al ver que Dios nacería por medio de ella como un ser humano, era natural que María encontrara satisfacción únicamente en Él y que acudiera al Espíritu Santo como su verdadero refugio y consejero.

Indudablemente, se requería que María tuviera una fe sin precedentes en respuesta al mensaje del ángel. Ahora esta fe tenía que probarse al rendirse incondicionalmente a Dios. A Eva no le costaba tanto obedecer el mandato de Dios, pues simplemente tenía que controlar el deseo de comer la fruta del árbol que “era un deleite para los ojos” y así resistir el deseo de ser como Dios. ¡Pero, cuánto más le costaría a María cumplir con lo que Dios le encomendó! Para ella, la obediencia a Dios significaría una vida de sufrimiento. Sin embargo, ¿cómo podría ser de otro modo? Desde la caída de Eva, Dios en Su amor está obligado a conducirnos por muchas pruebas y penalidades para lograr Su propósito con nosotros. Sin embargo, la misión de María implicaba mucho más. Ella iba a dar

a luz al Varón de Dolores, destinado a recorrer un camino de sufrimientos por nuestro bien. Como madre de nuestro Señor, ¿no compartiría ella Su camino? Así, María fue llamada a una vida de deshonra, desprecio, soledad, humillación y pobreza.

¿Daría María su consentimiento? Ella sabía que la muerte por lapidación era el castigo para las mujeres que estuvieran embarazadas por fuera del matrimonio y, por tanto, eran culpables de adulterio (ver Levítico 20.10; Juan 8.5). También sabía que José no la comprendería, aunque se esforzara y, probablemente, perdería su afecto. Sin duda, él tendría que separarse de ella por causa de esta ley. María sabía que este camino la conduciría al lado de un precipicio y que ella dependería enteramente de Dios para llevarla hasta el final con Su divina ayuda especial. Sin Su auxilio, estaría perdida.

¿Respondería Sí a dicho destino? María dijo: *“Aquí tienes a la sierva del Señor. Que él haga conmigo como me has dicho”* (Lucas 1.38). Bien pueden haber resonado los cielos con ese santo Sí de María, un Sí de suprema importancia para el mundo entero. Con su Sí, ella se entregó sin reserva a Dios, expresando estar lista para ser la esclava y sierva del Señor, de manera que Él cumpliera Su voluntad en ella. Un Sí como éste puede ser pronunciado únicamente por una persona cuyos deseos y anhelos están completamente unidos a lo dispuesto por Dios. Éste fue un sí

de amor. Un alma que ama a Dios no puede soportar el rehusar cualquier deseo o rechazar cualquier plan que provenga de Él. Un Sí que expresó una disposición total hasta la muerte. Ella no vaciló en enterrar su reputación, sus esperanzas para el futuro o un matrimonio feliz, ni se acobardó ante la perspectiva de perder su hogar y toda su seguridad. Se comprometió a una forma de vida que significaría morir diariamente a sí misma y a toda felicidad personal en este mundo. María dio su consentimiento dando ejemplo perfecto de humildad y de suprema dedicación que no puede menos que conmovernos profundamente.

Su Sí abarcó la totalidad de su ser: cuerpo, alma y espíritu. Probablemente, nosotros no podremos comprender jamás la magnitud de aquel Sí. Hay personas heroicas que están preparadas para hacer grandes sacrificios, bien del cuerpo, del alma o del espíritu. Sin embargo, pocos están preparados para llevar a cabo un acto de dedicación que incluya todas las áreas de la vida. María renunció a todo de una vez. Dios y Su santa voluntad fueron suficientes para ella. No había espacio en su ser para ninguna vacilación ni petición personal.

*“Que él haga conmigo como me has dicho”* (Lc. 1.38). Esto dijo María con una ciega obediencia, producto de su fe, al sacrificar completamente sus deseos y anhelos humanos, en contraste con Eva, quien se aferraba a lo que quería y quien, en lugar de

entregar su voluntad, se rindió a sus deseos. María se comprometió sin reserva a su excepcional llamada, mientras que nosotros usualmente tratamos de protegernos, al evitar involucrarnos en algo fuera de lo común, temiendo cometer errores o incurrir en escándalos. María, sin embargo, se sintió libre de todo deseo cobarde de complacer a otros y del miedo de ofenderlos, como lo prueba el hecho de que escogió este camino que para muchos habría sido un desprecio.

Todo lo que María preguntó fue: “*¿Cómo podrá suceder esto...?*” (Lucas 1.34). Y después de la respuesta del ángel, ella no pidió más explicaciones. Si nosotros hubiéramos estado en su lugar, habríamos hecho cientos de preguntas, mientras buscábamos promesas de ayuda divina para todas las pruebas que se presentarían después.

¿María no podría haber esperado, por ejemplo, que este Niño, el Hijo de Dios, le fuera presentado sencillamente a ella un día? De acuerdo con el razonamiento humano, éste habría sido el procedimiento correcto y de conformidad con la comisión divina. ¿Por qué el Niño tenía que ser concebido en su vientre? ¿Por qué tenía que suceder aquello de esa manera? Desde el principio, significaba una reputación manchada.

¡Cuán profundamente entregada a Dios debió estar María para seguir inmediatamente un camino que podría costarle un feliz matrimonio, su reputación, e incluso su vida! Cuando tenemos que recorrer un ca-

mino difícil por Jesús, sabemos que Él irá con nosotros y nos ayudará, tal como nos lo ha prometido. Pero María no tenía tales experiencias para guiarse por ellas. Sólo podía sentir muy levemente que, al rendir su voluntad y comprometerse en este camino, recibiría favores y consuelos divinos, pues pensar en las angustias que le sobrevendrían debió haber sido demasiado obvio para ella.

Por otra parte, para los discípulos era un asunto diferente, ya que habían sido llamados por el propio Jesús para que lo siguieran y, como Él estaba en medio de ellos, su vida de discipulado resultaba más fácil. María, sin embargo, recibió el llamado sólo por intermedio del mensaje de un ángel. Aparte de eso no había nada que ella pudiera ver y comprobar. Su entrega fue un acto de fe auténtica.

¿Qué capacitó a María para decirle a Dios Sí sin vacilar, en aquella hora cuando comenzaba la dirección única de Dios para su vida? Al observar a Eva, vemos que su desconfianza en Dios la hizo sucumbir a la sugerencia de la serpiente (ver Génesis 3.1-6). Como no creyó que el mandato de Dios era inspirado por Su amor, pensó que Él estaba tratándola injustamente. La desconfianza hacia Dios y hacia Su inmenso amor es lo que nos hace rebelarnos contra Dios o discutir con Él una y otra vez, y dicha desconfianza provocó en Eva un No a Dios y a Su mandato. Sin embargo, con su No ella perdió toda la gloria que

Dios le había preparado. Desde el principio de la historia humana, el amor de Dios buscó la respuesta de amor del ser humano, que se expresa en confianza y obediencia. Esta respuesta no la encontró Dios en Adán y Eva.

Como María no desconfiaba del amor de Dios, pudo contestar afirmativamente. Desde las profundidades de su ser sintió quién y cómo era Dios; de hecho, lo percibió tan bien que no tuvo la más mínima duda de que Su mensaje transmitido por medio del ángel era bueno y correcto. Como Su humilde sierva, ella siguió obedientemente este mandato único de Dios. Un ser humilde está en capacidad de creer; pues al no confiar en sí mismo ni tener una alta opinión de sí, debe mirar hacia Dios para todo. Quién es consciente de su debilidad, descubrirá que sus ojos están abiertos a Dios en Su omnipotencia. Por la humildad entrega de María, la gran complacencia de Dios descansaba sobre ella, y por esto Jesús pudo nacer de María. Él, probablemente, no podría haber asumido jamás un cuerpo humano en una persona cuya alma no estuviera en armonía con Dios, sino llena de rebelión e incredulidad, como era el caso de Eva.

El Sí de María es aún más grandioso cuando se compara con el No de Eva. Nosotros estamos en deuda con María pues Dios pudo usar su Sí para anular la desobediencia de Eva, porque por intermedio de María nació para nosotros el Salvador. Aquel Sí lleno

de entrega y amor profundos allanó el camino para la venida del que salvaría la humanidad al aceptar de Su Padre un camino de dolores que terminaría en la Cruz. ¡Y así, qué gozo habría en el cielo cuando María dio su Sí!

La Anunciación también manifiesta algo del tierno amor de Dios Padre, porque ¿no fue el Sí de María finalmente una respuesta al amor de Dios en quien ella confiaba? Por el saludo del ángel a María vemos cuán amorosamente cuida Dios del alma humana, velando por ella. En verdad, Dios pidió de ella algo extraño y nunca oído pero, al mismo tiempo, Él concedió muestras de Su gracia. María se sintió profundamente turbada por la forma en que el ángel se dirigió a ella y por la gracia tan grande que recibió; sin embargo, no comprendía el significado de sus palabras, por lo que meditó sobre qué clase de saludo podría ser ese. ¡Cuán inmensamente consoladora debió haber sido para ella las palabras del ángel: “*María, no tengas miedo*” (Lucas 1.30)! Rico en misericordia y compasión, Dios sufre con nosotros cuando nos hace un llamado que está ligado con una cruz, y cuando tiene que guiarnos por caminos de renuncia y de oscuridad. A lo largo de estos caminos experimentaremos especialmente el amor del Padre. Y es este amor de Dios el que nos da la fuerza para decir Sí a tales llamados y para perseverar después.

Si lo que el ángel le dijo primero a María parecía totalmente incomprensible, la promesa de que Jesús recibiría el trono de David sonaba algo familiar. Esto era algo que ella podía entender, porque la esperanza en el Mesías que ascendería al trono de David estaba viva en el corazón de todo judío. De igual forma, el referirse a su parienta Elisabet y al milagro que le había sucedido era como la ayuda de la mano amable de Dios. En Su amor paternal, Él le mostró el próximo paso en este insólito e incomprensible llamado, que había comenzado en esa hora de intervención divina: ella debía ir a visitar a su prima Elisabet.

Sin embargo, antes de que María fuera a ver a Elisabet se le otorgó la maravillosa experiencia de la gracia divina cuando el Espíritu Santo vino sobre ella, y el poder del Dios altísimo la cubrió como una nube (ver Lucas 1.35). El santo misterio de ese momento va más allá de la simple comprensión humana, porque a nadie se le ha concedido jamás tal señal de favor divino como la que recibió María cuando el Espíritu Santo se posó sobre ella para que el Niño Jesús se formara en su seno como un ser humano, y que ella diera a luz al Santo, al Hijo de Dios. Un velo divino descansa sobre este acontecimiento santo. Nosotros sólo podemos percibir que sobre María fluyeron torrentes de bendición divina en esa hora en que el mismo Espíritu Santo, la tercera persona de la Deidad, la cubrió, quizás moviéndose sobre ella como lo hizo

una vez sobre las aguas cuando la Tierra estaba aún vacía y sin forma (ver Génesis 1.2). ¿Quién puede decir qué le sucedió a María cuando estuvo en tan íntima unión con el más Santo de todos, sí, cuando el Santo, el Hijo de Dios tomó carne en sus entrañas? Cuando Moisés fue honrado con un encuentro con Dios en el monte Sinaí, sus facciones se llenaron de resplandor. ¡Qué esplendor divino debe haber iluminado a María, qué cambio debe haber experimentado cuando Dios mismo hizo de ella Su morada!

Nosotros sólo podemos suponer el tremendo efecto que esto causó en todo su ser: cuerpo, alma y espíritu. No obstante, por las Sagradas Escrituras sabemos que cuando el Espíritu Santo desciende sobre una persona, ésta experimenta una gran transformación. Las vidas de aquellos que están bajo la influencia del Espíritu Santo son testimonio de que el Espíritu de Dios es un Espíritu de gran poder, que los faculta para ejecutar hazañas poderosas, por ejemplo, el caso de Gedeón (ver Jueces 6.34). Más aún, es un Espíritu que produce en nosotros frutos, tales como amor, alegría, paz y paciencia. Él trae consigo la naturaleza divina, porque es el Espíritu creador que transforma a los seres humanos pecadores a semejanza de Dios. Él imprime de nuevo sobre nosotros los atributos de Dios, en cuya imagen fuimos originalmente creados.

Sin embargo, nunca antes un ser había sido tocado tan íntima y directamente por la Tercera Persona de la

Divinidad como lo fue María. Esto verdaderamente debe haberla convertido en una mujer consagrada a Dios.

En el Antiguo Testamento se habla de los sacerdotes y de los consagrados, que fueron asignados al servicio sagrado. Ellos tenían que mantenerse por el mundo sin contaminación alguna, porque eran llevados a un círculo nivel de santidad. Una y otra vez, el Señor se refiere a ellos como seres escogidos y preservados para Él. Aquellos que tenían que ver con cosas sagradas se distinguían del resto de la gente. No se les permitía mancharse de ninguna manera; si lo hacían, incurrirían en la pena de muerte (ver Levítico 21 y 22; Éxodo 28). Su llamamiento santo y exaltado los colocaba bajo la voluntad de Dios, según lo indicado por las palabras “Santo para el Señor”, escritas en el turbante del sumo sacerdote.

La santidad se requería en el trato con las cosas santas de Dios. No obstante, con María había mucho más que ritos y ofrendas que representaran anticipadamente lo que vendría. Ella fue privilegiada por llevar a Jesús mismo en su seno. Después de ser tocada por el más Santo de todos se habría mantenido pura en el sentido espiritual, con lo más íntimo de su ser inmerso en el silencio de la Santa Presencia de Dios. Pero aun antes, ella debió haber vivido en este estado, porque Dios, generalmente, prepara y adiestra a Sus instrumentos con mucha antelación, como lo hizo con

Moisés. ¿De qué otra forma un instrumento escogido por el Señor podría haber entrado en íntimo contacto con lo divino y con Dios mismo? Él es un fuego abrasador y nunca se acerca a nosotros a menos que primero nos haya limpiado y purificado de nuestros pecados (ver Isaías 6.7). Él hace Su morada sólo en corazones humildes (ver Isaías 57.15).

Así pues, el alma de María debió haber estado especialmente preparada y dispuesta con humildad para que el Espíritu Santo viniera sobre ella y el poder del Altísimo la cubriera, pues ¿no se retira siempre el Espíritu de Dios cuando se le entristece? Una gracia infinita debe haber obrado en la vida de María para que el Santo, el Hijo de Dios, naciera por medio de ella.





## LA VISITACIÓN A ELISABET

A los pocos días María emprendió el viaje y se fue de prisa a un pueblo en la región montañosa de Judea. Al llegar, entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó:

“¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme? Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría la criatura que llevo en el vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!”

Lucas 1.39-45

De prisa por las montañas  
va una doncella noble y pura.  
Es María, la dulce virgen;  
el Espíritu de Dios descansa en ella.

¡Oh maravillosa elección,  
oh misterio santo!  
Dios escogió a esta humilde doncella  
y ella será la madre del Mesías.

En su alma lleva ella,  
por colinas y valles,  
al Hijo del Dios altísimo,  
que bajó del trono del cielo.

Parece como si la creación  
gozara con ella ahora,  
las montañas saltan de alegría,  
los árboles se inclinan en homenaje.

Todos ellos se unen para bendecir  
a esta pura y dulce doncella,  
que lleva a su Creador  
en obediencia a la voluntad de Dios.

Ella corre hacia su prima  
al hogar de Zacarías,  
y siente que Dios la espera.  
¡Qué bendita hora ha llegado!



Entonces fluyen torrentes de gracia  
dentro de su corazón  
que cambia el dolor en deleite,  
el Señor confirma su misión.

Su prima, por el Espíritu de Dios,  
pronuncia palabras gratas  
y el niño salta en su seno  
para saludar a su Rey y Señor.  
Tal deleite le produce esto a María  
que se disipan sus angustias y temores.

Ella sabe que Dios la ha colmado  
de Sus más grandes favores.  
Su espíritu se eleva para alabarlo a Él,  
para ensalzar a su Dios  
que miró a Su sierva  
y convirtió en alegría su dolor.

Ella tiene el privilegio  
de ser madre de Jesús, el Hijo de Dios.  
Su corazón salta de alegrías,  
comprende la recompensa de su dolor.

De nuevo ofrece su voluntad,  
sin reparar en penas ni dolores.  
Ella sabe cuán bendita es la misión  
que Dios le ha encomendado.





**E**l llamado de Dios a María empezó con algo alegre, bondadoso y sobrenatural cuando el mundo celestial se le acercó y el ángel la saludó. Pero hay que pagar un precio por las muestras de la gracia divina.

Lo genuino de tales experiencias necesita ser probado durante épocas amargas de conflictos y angustias interiores; ésta es una ley espiritual para los escogidos del Señor que hayan sido tocados por el amor de Dios. Ellos son conducidos por caminos donde experimentan pruebas de Su gracia y favor, pero también sufrimientos, aflicciones y tentaciones que también son grandes. Dichas situaciones son necesarias para su purificación espiritual, a fin de que permanezcan humildes y sumisos.

Ningún escogido del Señor ha estado exento jamás de conflictos interiores, ni siquiera el Hijo de Dios, quien fue tentado por Satanás. Mientras más especial sea el llamado, mayor será el sufrimiento que conlleve. Pero nunca un ser humano ha recibido una misión tan excepcional como la que se le confió a María. En consecuencia, sus penalidades fueron muy grandes. Y, al aceptar este llamado, María se comprometió a seguir un camino de sufrimientos. Para confirmar que fuimos elegidos, debemos estar preparados para aceptar la voluntad de Dios por muy extraña que parezca, junto con todas sus consecuencias.

Sin embargo, Dios, en Su infinita misericordia se encarga de que Sus escogidos no sean tentados más allá de su poder de resistencia. Él amorosamente planeó que la visita de María a su parienta Elisabet, a quien se había referido el ángel, fortaleciera su fe y confirmara el mensaje del ángel. María, quien estaba completamente regida por la obediencia nacida del amor, inmediatamente aceptó la bondadosa insinuación del ángel. Pero aun este paso inicial pudo haberle causado tristeza. Tal vez María afrontó problemas en su familia, la cual consideró muy extraño que ella se fuera de repente.

De cualquier forma como haya sucedido, ella fue consciente sólo de un mandato divino. Complacer a otros con nuestras acciones no tiene importancia, por lo que ella estaba completamente aferrada a la sagrada obligación de cumplir su misión. Así pues, María viajó de prisa a una ciudad de Judea a visitar a su parienta Elisabet, quien de igual forma había recibido un llamado especial de Dios y en cuya vida Él también había hecho un gran milagro, demostrando que nada es imposible para Él.

María, probablemente, necesitaba una confirmación de su llamado y misión. Después de que el ángel se apartó de ella, tal vez tuvo momentos en que su mensaje le pareció como una ilusión.

¡Qué grave conflicto interior debe haberla asaltado al considerar más cuidadosamente las implicaciones de

la palabra “concebirás”! Ella se preguntaría: “¿Concebir como otras mujeres y, sin embargo, permanecer virgen? ¿Quién creará en mi inocencia? ¿Quién me apoyará?”. ¡Qué deshonra, qué angustia tendría que soportar!

Durante su viaje de visita a Elisabet, María tuvo que recorrer sola montañas, colinas y valles, con estos interrogantes en su cabeza. Pero en su corazón guardaba un secreto y una esperanza benditos: pronto daría a luz al Hijo de Dios, pronto lo tendría entre sus brazos y lo contemplaría. ¡Qué privilegio traer al mundo la esperanza de Israel, al Hijo de Dios que recibiría el trono del rey David!

Dejando a Galilea tras de ella, María entró a Judea, donde las montañas son más altas y los caminos más arduos. Como en un santuario, ella tenía el privilegio de llevar al Señor y Creador, quien un día redimiría no sólo a la humanidad entera, sino también a toda la creación, y que renovarían la faz de la Tierra.

En anticipación a ese día, toda la naturaleza pudo haber compartido este gozo secreto, tal como después compartió los dolores de su Creador en Su crucifixión, mientras que nosotros los seres humanos en nuestra soberbia permanecemos usualmente ciegos ante los acontecimientos divinos. Por otro lado, los latidos del corazón de María serían cada vez más acelerados a medida que se acercaba a la casa de sus

parientes. ¿Cuál sería la reacción de todos cuando conocieran el gran secreto de María? ¿Qué dirían Elisabet y Zacarías? ¿No interpretaría Elisabet erróneamente las cosas?

Entonces, llegó el gran momento en que María, quien era todavía una adolescente, entró en la casa de Zacarías, sin duda sintiéndose muy tímida ante su prima de edad avanzada. Y Dios hizo que sucediera algo muy notable: *Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre* (Lucas 1.41).

Esto lo hizo Dios para que por medio de Elisabet se honrara a Jesús, el Salvador que iba a venir. Entonces ella dijo: “¡*Bendito el fruto de tu vientre!*” (Lc 1.42 RV). Pero Dios también hizo esto para consolar y fortalecer a María, quien estaba llamada a seguir un duro camino de fe y deshonor. Llena del Espíritu Santo, la anciana Elisabet pronunció en voz alta las palabras de bienvenida y bendición sobre la humilde doncella María, con lo cual la animó y disipó sus temores.

Aquí Dios confirmó la misión de María por intermedio de una persona que no sabía lo que Dios le había dicho, ni el maravilloso secreto que llevaba dentro de ella con temor y felicidad.

Solamente Dios podía haber revelado esto a Elisabet. Llena del Espíritu Santo, ella le dijo palabras parecidas a las del ángel: “*Bendita tú entre las mujeres*”.

¡Qué amorosa bondad la de Dios! El saludo del ángel confirmó que era realmente un mensaje Suyo. Y así fortaleció a María en medio de sus temores y dudas que asaltaban su alma ante la perspectiva de la vergüenza y la deshonra pública. Cuando Elisabet dijo: “¡Bendito el fruto de tu vientre!”, un sentimiento de alivio debió embargar a María. No era un fruto natural el que ella llevaba en su seno, sino un fruto bendecido, el verdadero Hijo de Dios. Para María estas palabras debieron haber sido como un nuevo y bondadoso saludo del mismo Dios, confirmando Su llamado y disipando toda su perplejidad y su conflicto interior.

Mientras Elisabet continuaba hablando, María se sentiría aún más humilde ante semejante muestra de honra. Apenas entró en la casa, Elisabet se dirigió a ella como la madre de su Señor, el Señor de Elisabet, diciendo: “*Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme?*” (Lucas 1.43). ¿Cómo podía Elisabet saber del honor otorgado a su parienta mucho más joven que ella? Elisabet se había convertido en la portavoz de Dios, quien en Su infinita bondad se inclinaba ante la mujer que Él mismo había escogido como la madre de Su Hijo y que ahora estaba fortaleciendo para el camino que iba a seguir en adelante: “*¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!*” (Lucas 1.45).

De nuevo, una respuesta a todo el conflicto interior que María tenía que soportar aun en esta primera etapa. Quizás algunas veces cruzó por su mente este pensamiento: “Si yo no hubiera creído y dado mi Sí, no me encontraría ahora en este camino que terminará en ruina para mí: ¡rechazo, deshonor y muerte por lapidación! ¿Pude haberme equivocado? ¿Tuve una falsa visión? De las palabras de Elisabet: “*Dichosa tú que has creído*”, María recibió nuevo valor para seguir creyendo y la fortaleza necesaria para recorrer los caminos oscuros que le esperaban cuando José conociera su secreto, y ella tuviera que causarle una gran angustia. Una y otra vez escucharía en sus oídos las palabras: “*Dichosa tú que has creído*”.

Y las palabras: “*..porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá*” (Lucas 1.45) le dieron la seguridad de que este difícil camino no terminaría en algo tan insensato como su apedreamiento y la muerte de ella y de su Niño. En lugar de ello, el Hijo de Dios nacería como un ser humano y después asumiría el trono de David.

Elisabet estaba llena del Espíritu Santo y la llama del Espíritu también descendió sobre María y se unió con esa misma fe perseverante que el Espíritu ya había puesto en ella. Sin duda, en esa ocasión en que se encontraron dos seres escogidos del Señor, el Espíritu Santo estaba obrando poderosamente. Las dos mujeres habían experimentado los milagros y la gracia de

Dios y ambas tuvieron el privilegio de seguir Sus llamados. Por eso era muy natural que María pronunciara con gozo un cántico de alabanza, el Magnificat: *“Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva”* (Lucas 1.47). Probablemente no nos damos cuenta de lo baja que se sentía María, de lo humillada que estaba a los ojos de los demás en este camino de deshonra.) Ésta es la razón por la cual el honor demostrado por Elisabet la hizo caer de rodillas.

Incapaz de comprender el favor conferido a ella, María se sentía obligada a adorar a Dios. Ella sólo podía regocijarse en lo bondadoso que era el Señor y cómo se preocupaba por ella al liberarla de sus dudas y confirmarle su misión. María no podía sino alabar a Dios que se había inclinado ante ella, pues ni siquiera era digna de ser tan altamente honrada por Elisabet, y mucho menos de traer al mundo al Hijo de Dios. Al presentir la gloria que venía después de transitar por sendas en noches de sufrimiento, fue ungida por el Espíritu Santo para aclamar la bondad de Dios en un amoroso cántico de alabanza, un poderoso canto que nos regocija compartir:

*“Mi alma glorifica al Señor,  
y mi espíritu se regocija  
en Dios mi Salvador,  
porque se ha dignado fijarse  
en su humilde sierva.*

*Desde ahora me llamarán dichosa todas  
las generaciones, porque el Poderoso  
ha hecho grandes cosas por mí.  
¡Santo es su nombre!  
De generación en generación se extiende su  
misericordia a los que le temen.  
Hizo proezas con su brazo;  
desbarató las intrigas de los soberbios.  
De sus tronos derrocó a los poderosos,  
mientras que ha exaltado a los humildes.  
A los hambrientos los colmó de bienes,  
y a los ricos los despidió con las manos  
vacías. Acudió en ayuda de su siervo Israel  
y, cumpliendo su promesa a nuestros padres,  
mostró su misericordia a Abraham  
y a su descendencia para siempre.”*

*Lucas 1.46-55*

Por Su benigna elección de María, Dios se glorificó a Sí mismo al designar que ella fuera Su instrumento. El Señor la favoreció y la exaltó, y ella glorificó Su nombre y acciones mediante su vida y cántico de alabanza. Dios es siempre glorificado cuando la gente humildemente acepta Su llamado y lo sigue en obediencia, aceptando los sufrimientos y tentaciones que puedan surgir. ¿Por qué, no decimos con Elisabet, especialmente al ver que el Espíritu Santo quiso hablar por medio de ella: “*Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre*” (Lucas 1.42 RV)?

Como lo indica la Palabra de Dios, dar honor en esta forma no le roba a Dios Su gloria, porque con su cántico de alabanza, que brotó de su humilde sumisión, María realmente magnificó la gloria de Dios. En humildad y amor, le devolvió a Dios todo el honor conferido a ella sin dejar nada para sí.

Para María, que estaba llevando al Divino Niño en lo más profundo de su corazón, los tres meses de su visita constituyeron un periodo tranquilo, santo y rico en bendiciones. Dios tenía un propósito al reunirla con Elisabet y Zacarías. Ellos también fueron visitados por el Señor: Zacarías, en cuanto a juicio, porque él había perdido el habla a causa de su incredulidad; e Elisabet, en gracia, porque Dios no había tenido en cuenta su reproche y le había dado un hijo que iba a prepararle el camino a Jesús. Juntos debieron haber buscado en las Sagradas Escrituras las profecías relativas a la venida del Mesías y Su precursor.

Cuando una madre está embarazada piensa mucho acerca de su hijo y se pregunta: ¿cómo será su apariencia y carácter? ¿Cuál será su misión? ¿Qué camino seguirá durante su vida? Pero, ¿quién puede comprender e imaginar qué divinos pensamientos debió haber tenido María, la favorecida, durante los meses en que tuvo el privilegio de llevar al Hijo de Dios en lo más profundo de su alma? El Espíritu de Dios también le hablaría por medio de todas las situaciones compartidas con la piadosa Elisabet, y Él también le haría muchas

revelaciones respecto a Jesús, a la luz de las Sagradas Escrituras. ¿Tuvo ella quizás una vaga noción de que su vida y, todo su ser estaría llenos de sufrimientos y bajo la sombra de la Cruz? De cualquier forma que haya sido, ella había dado su consentimiento y éste implicaba estar siempre dispuesta para confirmar su misión en un camino indescriptiblemente duro, en donde se haría evidente lo que en realidad significa seguir a Jesús.

*Padre celestial:*

Te alabamos por María, tu humilde sierva, por su devoción a Ti y por la forma como con prontitud aceptó y cumplió Tu voluntad, al emprender sola el largo viaje por las montañas.

Te adoramos, oh Jesús, por permitir que fueras llevado dentro de un cuerpo humano por las montañas y colinas que Tú creaste.

Te adoramos, oh Espíritu Santo, por haber protegido tan maravillosamente a la escogida por Dios a lo largo de todos sus sufrimientos y tentaciones, y por conducirla junto a Elisabet, otra de Sus escogidas, para ser fortalecida en su misión.

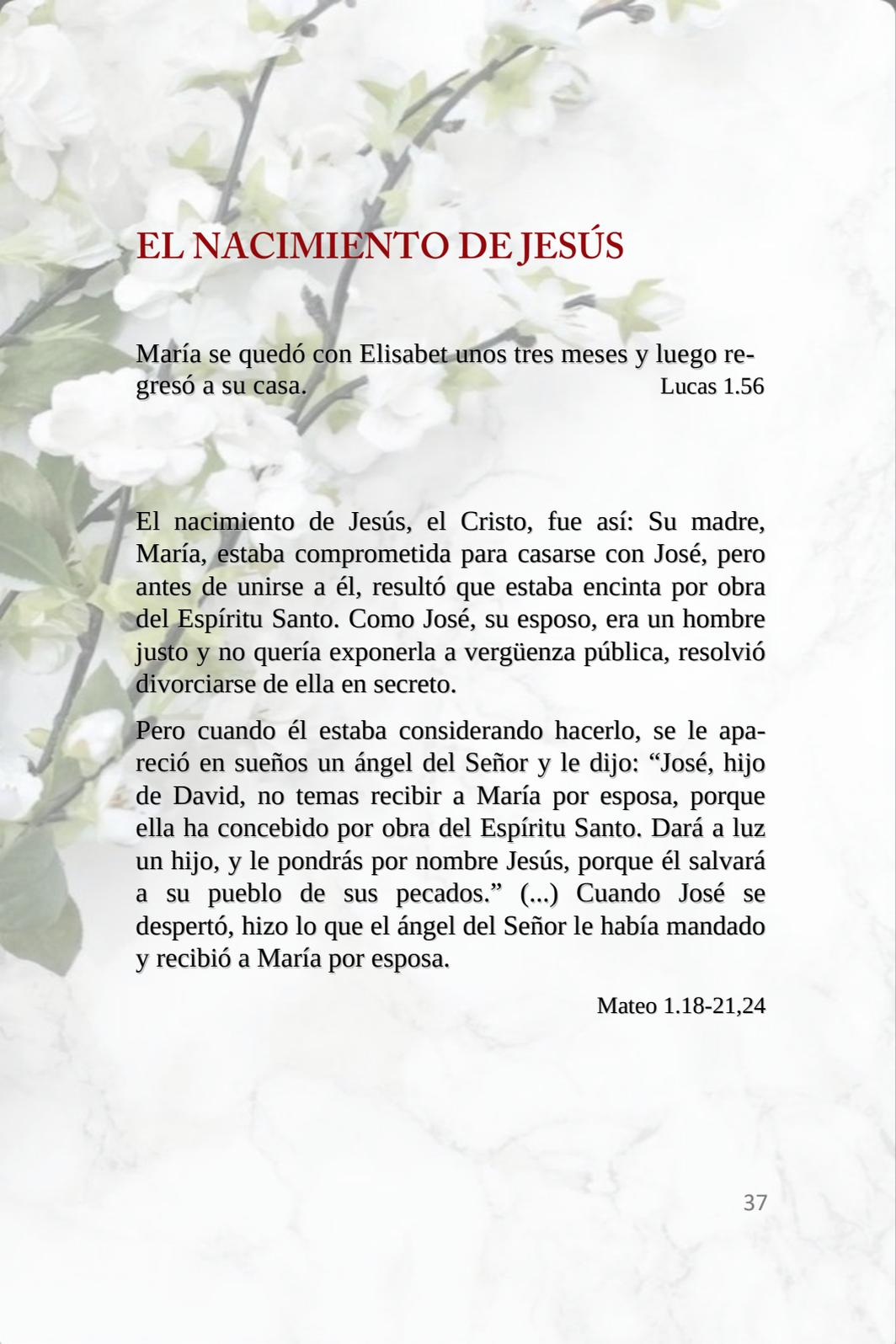
Te adoramos por el divino misterio que rodeó la reunión entre tus elegidas cuando el fuego del Espíritu Santo abrasó sus corazones e hizo que Elisabet pro-

nunciara de repente una profética alabanza a María, y que María alabara al Señor con el jubiloso Magnificat, el cual acalló todo su conflicto interior.

Te adoramos por escoger a uno de los seres creados por Ti, un miembro de la humanidad frágil y pecadora, para tener el gran honor de ser la morada para la Divinidad, de ser la madre del Hijo de Dios.

Te adoramos por haberle concedido a María el privilegio de ser el recipiente vacío y humildemente dócil en el cual pudieras derramar Tu gracia. Amén.





## EL NACIMIENTO DE JESÚS

María se quedó con Elisabet unos tres meses y luego regresó a su casa.

Lucas 1.56

El nacimiento de Jesús, el Cristo, fue así: Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de unirse a él, resultó que estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería exponerla a vergüenza pública, resolvió divorciarse de ella en secreto.

Pero cuando él estaba considerando hacerlo, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (...) Cuando José se despertó, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a María por esposa.

Mateo 1.18-21,24

En un jardín crece la Rosa  
más bella del mundo,  
amorosamente atendida y cuidada  
por María, Su tierna y bondadosa madre.

Ella acuna a su Niño, el Inmaculado,  
una Joya adorable y perfecta,  
dotada con la pureza y belleza de Dios.

Con tiernos cuidados  
está siempre cerca  
la mujer escogida por  
Dios para ser la madre  
de Jesús, el Salvador del mundo entero.

Ella besa a su Niño;  
el viento susurra levemente,  
mientras la luna brilla con suave fulgor  
sobre su Señor y Creador.

Las estrellas en su curso  
danzan y se deleitan;  
la luna se les une para honrarlo y alabarlo,  
mientras los ángeles  
cantan himnos celestiales.



Los alegres cánticos  
de los ángeles llenan el aire,  
eternos hosannas a Jesús,  
que viene ahora a vencer  
el poder del pecado.

¡Qué honor sublime ser el santuario  
de Jesús, como Su madre elegida!  
¡Oh, quién no la llamaría ahora bendita!

Con reverencia y de rodillas  
ella lo adora maravillada,  
pero también lo estrecha entre sus brazos  
y lo llena con su amor de madre.

Oh, Divino Niño, tu venida  
es el signo para el hombre que  
ha caído en la perdición.  
Tu nacimiento saluda  
la aurora de la redención.





¿Qué sucedió en los meses entre la visitación de María y el nacimiento de Jesús? Quizás el tiempo que pasó con Elisabet terminó con el nacimiento de Juan. Cuando el ángel anunció a María que con Dios nada era imposible, y mencionó a su prima Elisabet como prueba de ello, él agregó que ella ya estaba en su sexto mes.

El Evangelio de Lucas también dice que María permaneció unos tres meses con Elisabet. Pero aun si María hubiera regresado a Nazaret antes del nacimiento de Juan, ella tendría que haber escuchado lo que sucedió en aquel nacimiento.

Una vez más, Dios nos demuestra en la vida de María la ley divina de que Él nunca nos conduce por caminos de sufrimiento, sin llevarnos primero a las cumbres del “Tabor”, revelándonos algo de Sus pensamientos y planes y equipándonos con Su gracia y fortaleza. Ésta fue la experiencia de María. Después de oír de los labios de Elisabet la confirmación del Espíritu Santo acerca de su misión, y habiendo sido fortalecida por el milagro que Dios había hecho en la vida de Elisabet, María recibió una confirmación similar por medio de Zacarías, quien pronunció las palabras proféticas de que Juan había nacido para preparar el camino del Señor y Mesías, cuya madre iba a ser ella.

Ahora María tenía que bajar las alturas de su “Monte Tabor” y recorrer el camino de sufrimientos, dolores y tentaciones.

Aunque había visitado a Elisabet y Zacarías con ansiedad y temor, ella aún confiaba en la comprensión de Elisabet. Pero al regresar a Nazaret su temor era mucho mayor: “¿Cómo me recibirán mis parientes y vecinos? ¿Cuál será la reacción de José?”. Sin duda, en su corazón había crecido esta certeza: “José no podrá comprenderme. Él se alejará de mí. Mis parientes y vecinos me señalarán y no querrán saber nada de mí. En términos humanos, no puedo esperar nada más que rechazo, quizás hasta ser apedreada”.

El viaje de regreso a su hogar fue amargamente duro; en su pueblo, tendría que soportar los meses que le faltaban antes del nacimiento de su Niño Jesús. ¿No podría haberse quedado con Elisabet, escondiéndose allí hasta cuando naciera el Niño, y después dejar que Zacarías y Elisabet dieran testimonio a su favor y declararan quién era este Niño? No obstante, se fue a su pueblo. Lo hizo en obediencia a Dios.

Así como se había apresurado a visitar a Elisabet al oír las palabras del ángel, ahora que los tres meses habían pasado, regresó de prisa a Nazaret con el fin de afrontar todas las tribulaciones que la esperaban allá.

Todo sucedió tal como María lo había previsto. Indudablemente, nada, salvo un milagro del Señor,

podría haber alterado los acontecimientos. Se supo que estaba encinta y José decidió romper en secreto el compromiso (ver Mateo 1.19). ¡Qué agonizantes pensamientos y preguntas debieron haber llenado el corazón de José, antes de tomar esta decisión!.

¡Qué angustia tendría hasta que sus temores se confirmaron y él resolvió dar el siguiente paso! Tal vez hubo conversaciones con parientes y amigos íntimos, después de oír los comentarios de todos lados acerca del escandaloso hecho de que su prometida estaba embarazada.

Nazaret era un sitio pequeño que no gozaba de buena reputación. Probablemente había muchas lenguas maliciosas en la ciudad. ¡Cómo sufriría María por causa de ellas! ¡Qué miradas de desprecio y cuántos insultos soportaría cuando salía de la casa a traer agua o cuando hacía sus tareas diarias! No tenemos ni idea cuán duro debió haber sido para María, porque nuestras leyes actualmente no imponen la pena de muerte a una mujer por tener un hijo ilegítimo. Las opiniones de los demás estaban en contra de María y, puesto que por ley incurriría en tan severo castigo, José quería separarse de ella en silencio, para no tener que denunciarla. No obstante, esto no era garantía de que sus paisanos no la llevaran ante el tribunal y la castigarán. ¡Qué agonías debió haber soportado María durante esos meses!

Dios Padre no le ahorró a Su hija María, la madre de nuestro Señor, ninguna prueba ni tentación. Él no le reveló a José inmediatamente después del regreso de María que ella estaba encinta por obra y gracia del Espíritu Santo. Tampoco previno ningún malentendido por parte de José. No, María tenía que soportar primero la deshonra y el abandono de José. Ella tendría que haber percibido las ideas que pasaban por la mente de José, la forma como él desviaba su mirada y evitaba su compañía. Todas las esperanzas que María tenía de un matrimonio feliz se habían desvanecido. Ella estaba abandonada, totalmente sola en esta difícil situación. Ni siquiera la persona que más apreciaba le manifestó su comprensión, pues en esta situación casi todo el mundo pensaba mal de ella. Angustia del alma y del espíritu, inconmensurable conflicto interior, y todo esto conducía al nacimiento de Jesús. El cáliz del sufrimiento tenía que ser bebido hasta el final. Tenía que ser así, porque ella iba a ser la madre de Aquel que vendría a sufrir por nosotros.

Juan el Bautista, quien fue enviado a preparar el camino del Señor como Su Precursor, compartió también la misma suerte de Jesús: murió como un mártir, sus predicaciones no fueron tomadas en cuenta, fue rechazado, tal como sucedió con Jesús y Su mensaje. Del mismo modo, para la madre del Señor había sólo un camino que podía seguir, y ése era el sendero que su Hijo, su Salvador, Redentor y

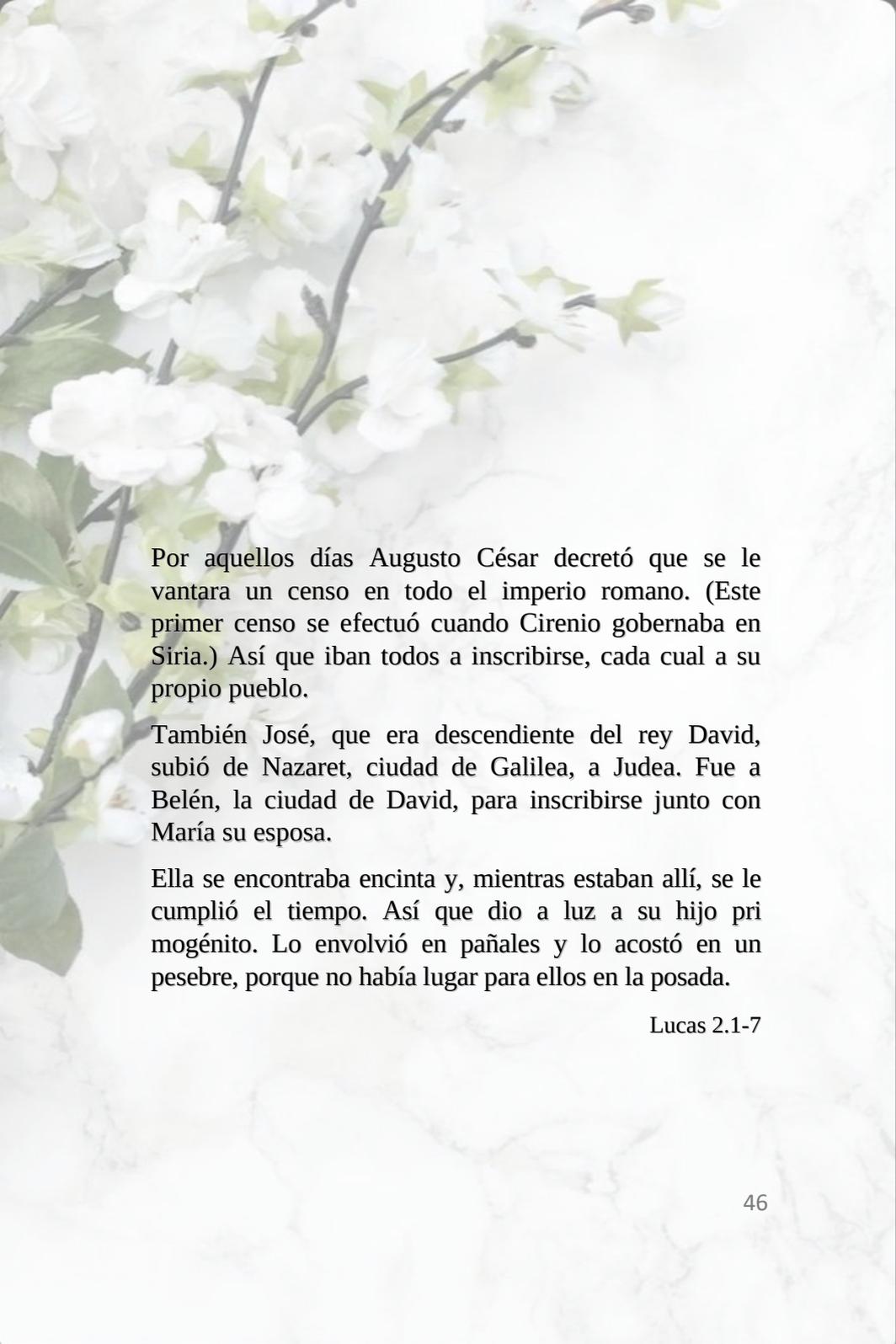
Señor, recorrería y ya lo estaba haciendo con ella, mientras permanecía en su vientre: la senda del rechazo, el desprecio y el escarnio. Más aún, si Jesús estaba sujeto a pruebas y tentaciones, con frecuencia perseguido por el Tentador, entonces, a María como un ser humano perteneciente a nuestra raza pecadora, tampoco se le habría ahorrado este sufrimiento.

¿No habría gritado su alma en ocasiones: “¿Dónde está mi Dios ahora? ¿Por qué no le revela a José que yo he concebido por el Espíritu Santo y que no he pecado ni lo he engañado? ¿Por qué Él no revela esto a todos los que me conocen? ¿Por qué no interviene Él desde el cielo y divulga esta noticia en todo Nazaret, por medio del mensaje de un ángel o de un sueño: ‘Su Mesías nacerá de María por el Espíritu Santo’”? Sí, ¿por qué no? — Porque el camino de los que pertenecen a Jesús siempre tiene una característica especial: es una senda de sufrimiento que conduce a la gloria.

No obstante, en medio del sufrimiento, Dios ayuda una y otra vez a Sus elegidos de un modo maravilloso. Después de esas terribles semanas, María recibió la paz para su corazón: un ángel de Dios se le apareció a José y le reveló que María había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y que daría a luz un hijo, a quien debía llamar Jesús porque Él salvaría a Su pueblo de sus pecados (ver Mateo 1.20). José le creyó al ángel, hizo lo que le había mandado y tomó a María como esposa. ¡Qué acto de obediencia!

¡Cuán aliviada y profundamente emocionada debió sentirse María cuando José le contó lo que había sucedido! El temor y la ansiedad que había estado sufriendo, tuvieron que disiparse en ese momento que la llevó a experimentar sentimientos de gozo. Después de toda la angustia por no ser comprendida por José, María vio que él se acercaba a ella, que no la iba a abandonar sino que la llevaría con él. Ahora tenía un esposo que la protegería de reproches y desprecios, y un hogar en donde se sentiría segura. Para María, la muestra más grande de la gracia divina fue ver que José no obraba impulsado por razones humanas o por su bondad, sino porque, una vez más, el mismo Dios había actuado por ella al darle a José este mandato en un sueño.





Por aquellos días Augusto César decretó que se le vantara un censo en todo el imperio romano. (Este primer censo se efectuó cuando Cirenio gobernaba en Siria.) Así que iban todos a inscribirse, cada cual a su propio pueblo.

También José, que era descendiente del rey David, subió de Nazaret, ciudad de Galilea, a Judea. Fue a Belén, la ciudad de David, para inscribirse junto con María su esposa.

Ella se encontraba encinta y, mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

Lucas 2.1-7



Cuando se acercaba más y más la hora del nacimiento, María podía haber preferido no salir de su hogar, con el fin de evitar las miradas inquisitivas de los demás. Sin embargo, Dios ordenó lo contrario. El Hijo de Dios nacería en Belén, la ciudad de David, porque Él debía reinar sobre la casa de Jacob y ascender al trono de David (ver Lucas 1.32). Por esta razón, Dios permitió que se llevara a cabo el censo. Se hicieron los arreglos y María y José emprendieron el viaje.

La preocupación debió haber inundado en la mente de María mientras se preguntaba cómo sería el nacimiento y qué diferencias habrían con respecto a cualquier otro parto, porque ella estaba encinta por obra del Espíritu Santo; sin embargo, todo parecía como si otro bebé humano fuera a nacer. Esto llenaba a María de una gran angustia y de incontables preguntas.

Con este largo y arduo viaje a Belén, el Señor puso una nueva carga sobre María y, sin duda, también sobre José, porque tuvo que ser muy duro viajar durante varios días por las montañas en ese estado.

¿No podría el Señor facilitar las cosas para María, considerando que Él era el Padre del Hijo a quien ella iba a dar a luz? ¿No era Él el Dios Todopoderoso, Creador y Rey del mundo entero, quien tenía todas las cosas a Su disposición? Pero el plan de Dios era que

María siguiera ese camino de pobreza y esfuerzo físico, que embargaba su alma con preocupaciones, temores y muchas preguntas llenas de ansiedad: “¿Qué pasará si el Niño nace en el camino?, ¿dónde encontraremos abrigo? y ¿dónde hallaremos alojamiento?”.

Elisabet le había dicho: “Dichosa tú por haber creído”, pero cuando Dios llama a una persona para que siga caminos de fe, Él busca algo más que un solo acto de fe, desea una fe que crezca continuamente y penetre nuevas áreas, una fe que dé a Dios siempre la gloria al confiar en Su amor en momentos de tinieblas. Sin duda, el Señor quería llenar a María de fe, humildad y obediencia.

De ese único y decisivo Sí inicial: *Que él haga conmigo como me has dicho* (Lucas 1.38), surgió toda una serie de afirmaciones que debía pronunciar en cada nuevo llamado que tenía que cumplir como la madre del Señor.

Cuando llegaron a Belén, se confirmaron los temores y presentimientos de María. En ninguna parte hallaron un alojamiento adecuado para el nacimiento del Niño; a pesar de que golpearon en muchas puertas y explicaron su necesidad, nadie los aceptó. Pero esto tenía que ser así, para que aun antes del nacimiento de Jesús se hicieran en realidad las palabras: *Vino a lo*

*que era suyo, pero los suyos no lo recibieron* (Juan 1.11), y tampoco recibieron a Su madre.

¿Podría haber un panorama más desolador? Si había oscuridad en el corazón de María, también era oscura la cueva en donde finalmente hallaron alojamiento. Tal vez era uno de esos refugios para aquellos pobres que pasaban la noche allí junto con los animales. Como un refugiado, María estaba expuesta a la falta de compasión de los demás.

Esto era un presagio del dolor y el rechazo que Jesús tendría que sufrir cuando fue desterrado por Sus paisanos en Nazaret y más tarde por toda Su gente. Dios no le ahorró a María la angustia, porque así es como Jesús tendría que sufrir para salvar a la humanidad. El discípulo no está por encima de su maestro, como el mismo Salvador dijo después. Su camino es nuestro camino. Y Su madre podría considerarse como Su primera discípula, ya que desde el principio ella recorrió Su camino y experimentó algo de los sufrimientos que Él padeció. Todas estas aflicciones llegaron sobre ella sólo porque llevaba a Jesús como un bebé en sus entrañas. Fue a Él a quien rechazaron en Belén. Fue Él quien estuvo expuesto al frío de la noche y a sufrir la falta de un hogar.

Verdaderamente, todo era tinieblas cuando habitaron aquella humilde y pobre cueva. Fue a la medianoche, no durante el día, cuando Jesús nació. Allí, en una cueva oscura y no en una habitación brillantemente iluminada

y acogedora, eligió Jesús venir al mundo. La noche no sólo era oscura, también fría y húmeda, porque en Tierra Santa en esa época del año las temperaturas frecuentemente son muy bajas y es necesario mantener encendido el fuego. Cuando por fin amaneció –los días son más cortos en esta estación–, la cueva todavía estaba oscura. La noche parecía prevalecer sobre todo.

En el alma de María debió haber sido de noche también porque ¿dónde estaba la ayuda de Dios cuando Su Hijo unigénito iba a nacer?

¿Era Él realmente el Hijo de Dios, al ver que Él había retirado Su auxilio? ¿Había estado quizás equivocada, después de todo, acerca de la promesa de que Él era “el Hijo del Altísimo”? ¿Había sido la experiencia de la Anunciación un invento de su imaginación? Todo parecía estar suspendido en la inmensidad de la noche.

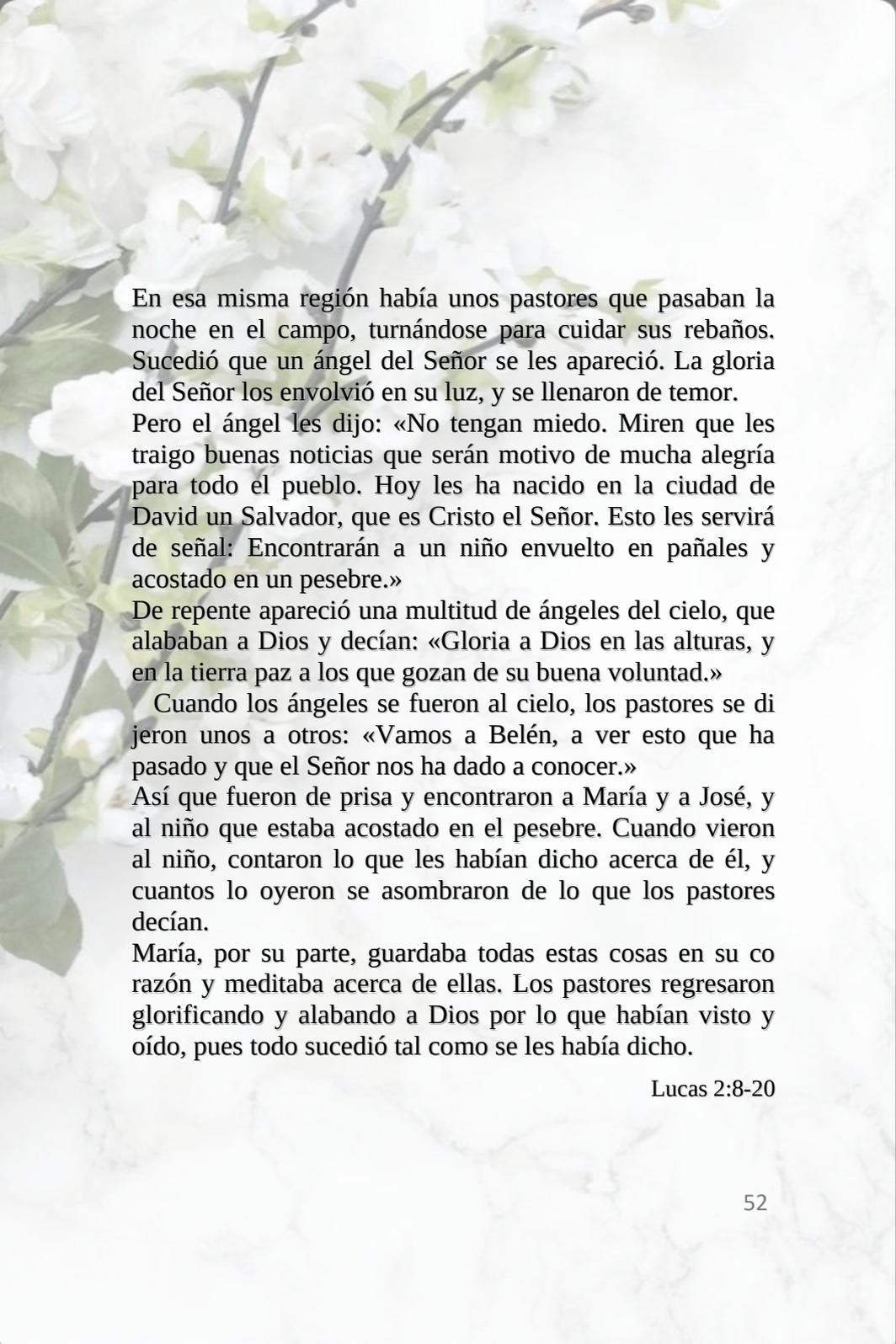
Si bien todo era oscuridad en el alma de María y en Belén, la Luz Eterna se levantaría aquella noche, la más oscura y larga de todas. Al ser Jesús el verdadero Sol del cielo, probaría Su poder de penetrar la oscuridad e iluminarla como en el día más resplandeciente. Y así, en el más profundo silencio de la noche, nació Jesús, el Mesías, la Luz del mundo.

Ahora había luz, porque el Niño Jesús había venido, no simplemente como un regalo del cielo, sino como el que llevaba consigo el cielo, porque Él es el Centro, el Creador y el Rey del cielo, que llena todo con Su

resplandor. Esa fue una noche santa. Esa noche oscura, siniestra, tenebrosa y peligrosa fue consagrada porque Jesucristo, quien es la Luz de la vida, había escogido nacer entonces. Y María, Su madre, que con su Sí se había comprometido a seguir por los caminos oscuros que eran incomprensibles para ella, tomó parte en la milagrosa transformación de esa noche.

Desde esa Noche Santa, toda tiniebla en la vida de una persona –cada oscura y angustiada noche para el cuerpo y para el alma– está ennoblecida y santificada. A los ojos del creyente, la noche es maravillosamente radiante con gloria y regocijo inmensos, porque Jesús eligió venir en la noche para ennoblecerla. Al hacerlo así, manifestó que la noche da origen a las cosas más grandiosas y que la luz brilla más en la oscuridad.





En esa misma región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, turnándose para cuidar sus rebaños. Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad.»

Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, a ver esto que ha pasado y que el Señor nos ha dado a conocer.»

Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño que estaba acostado en el pesebre. Cuando vieron al niño, contaron lo que les habían dicho acerca de él, y cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían.

María, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído, pues todo sucedió tal como se les había dicho.

Lucas 2:8-20



Los pastores fueron los primeros en conocer la maravilla de esa Noche Santa que vio el nacimiento de la Luz.

Ellos vivían en el campo y por las noches cuidaban sus rebaños. A la luz del día nunca habrían podido ver tan claramente el resplandor del ángel, ni la gloria del cielo se les habría acercado tanto. Tenía que ser por la noche. Sólo contra el telón de fondo de la noche podría la gloria del Señor brillar tan poderosamente para que ellos la vieran.

Quizás en sus corazones también era de noche, porque en ninguna parte habrían sido recibidas tan gozosamente las maravillosas noticias del nacimiento del Salvador del mundo como en corazones entristecidos y confundidos por los pecados y preocupaciones. Cuando los pastores encontraron al bebé pudieron unirse al júbilo del ángel, porque la verdadera alabanza surge más fácilmente de la profundidad de la noche.

Indudablemente, fue como si aquella noche y las experiencias previas de profundo desierto espiritual de María hubieran traído la plenitud de la gloria. Las huestes celestiales bajaron, llenando el aire con sus cánticos de alabanza a Dios, una melodía que probablemente ningún hombre haya escuchado jamás.

Del sufrimiento brotaron alegría y júbilo. Después de todas las tribulaciones de los meses anteriores, la alegría en el alma de María superaba los límites hu-

manos. Ahora había llegado el Prometido, ahí yacía como un frágil bebé. Los pastores vinieron y lo adoraron, testificando la alegría y júbilo que habían visto y oído de parte de los ángeles por Su llegada. Y María, como dicen las Sagradas Escrituras, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas (Lucas 2.19).

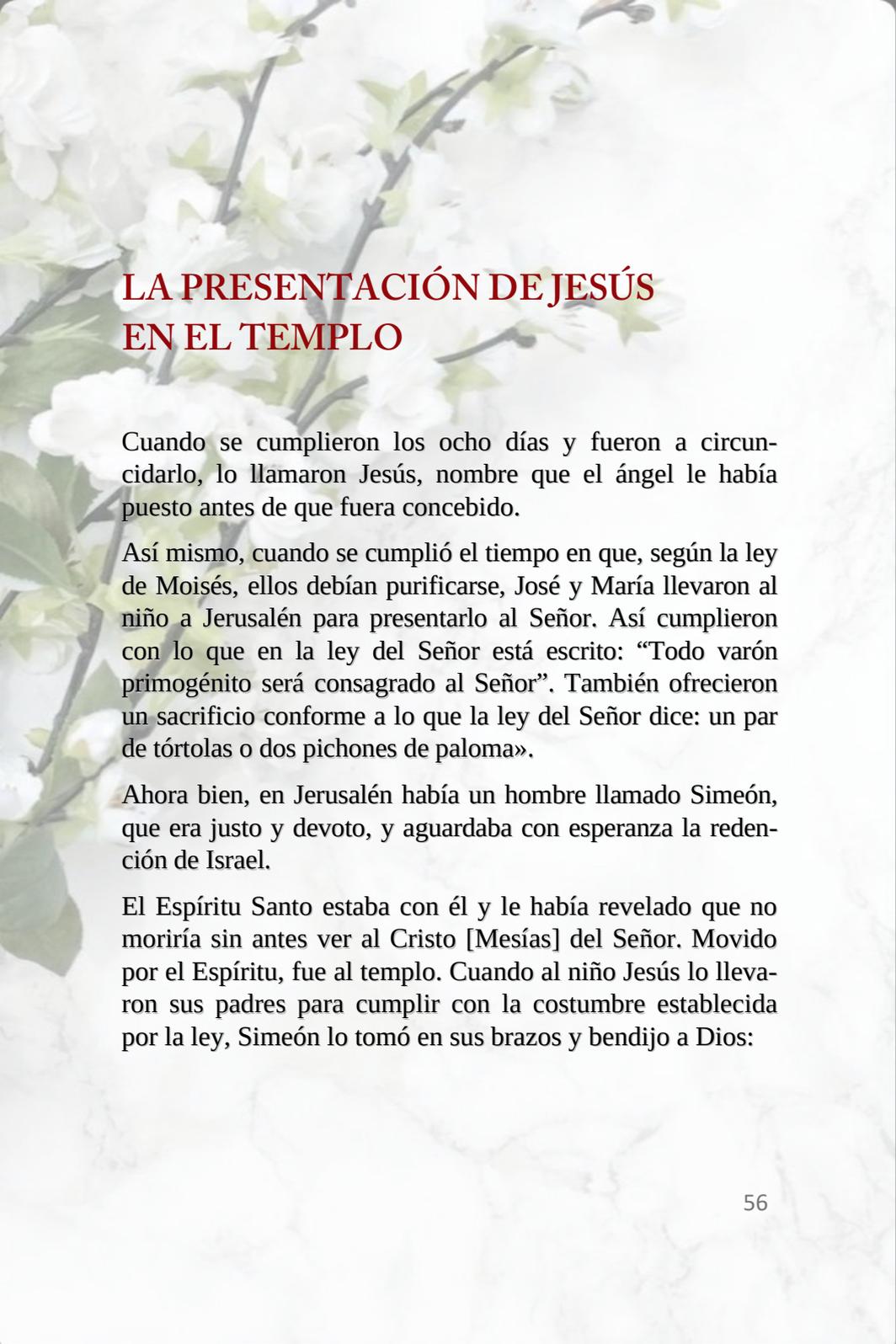
Después del milagro de la Noche Santa, el camino los condujo de regreso a una noche de conflicto interior. El relato de los pastores les hizo percibir la gloria del mundo celestial, pero aquel resplandor celestial se desvaneció para ser reemplazado por la dura realidad de la vida diaria. Hubo de nuevo oscuridad.

En nuestra vida personal puede que hayamos vivenciado este sentimiento cuando, después de una experiencia especial con el Señor, nos enfrentamos de nuevo a problemas y preocupaciones.

Después del parto, María tuvo que quedarse en casa por seis semanas como está escrito en la ley. De acuerdo con Levítico 12.4, toda mujer que daba a luz a un niño tenía orden de permanecer en su hogar por otros treinta y tres días después de haber sido circuncidado el niño en el octavo día. Éste era el tiempo de purificación, que duraba hasta el cuadragésimo día posterior al nacimiento de la criatura. Así pues, debemos suponer que la madre María y el Niño tuvieron que pasar todas esas semanas en la cueva de Belén.

¿Tenía José suficiente dinero para sufragar los gastos de la madre y el Niño durante este periodo en que él no estaba trabajando? Esto no lo sabemos, pero muy probablemente la pobreza continuaría acompañándolos, porque en vez de un cordero ellos llevaron al Templo sólo un par de palomas cuando María ofreció sus regalos de purificación y le presentó al Señor su Hijo. Ésta era la ofrenda de los pobres. ¡Y qué morada tan llena de pobreza era aquella oscura cueva para María! Sin embargo, ¡qué sabiduría la de Dios! Aquí estaba ella completamente aislada de otra gente y sola para poder dedicarse exclusivamente al Niño Jesús y a hablar con el Padre celestial acerca de su Hijo. La solitaria cueva era como un pequeño santuario en el cual ella amorosamente cuidaba a su Niño, y en donde con oración y reverencia realizaba sus tareas diarias.





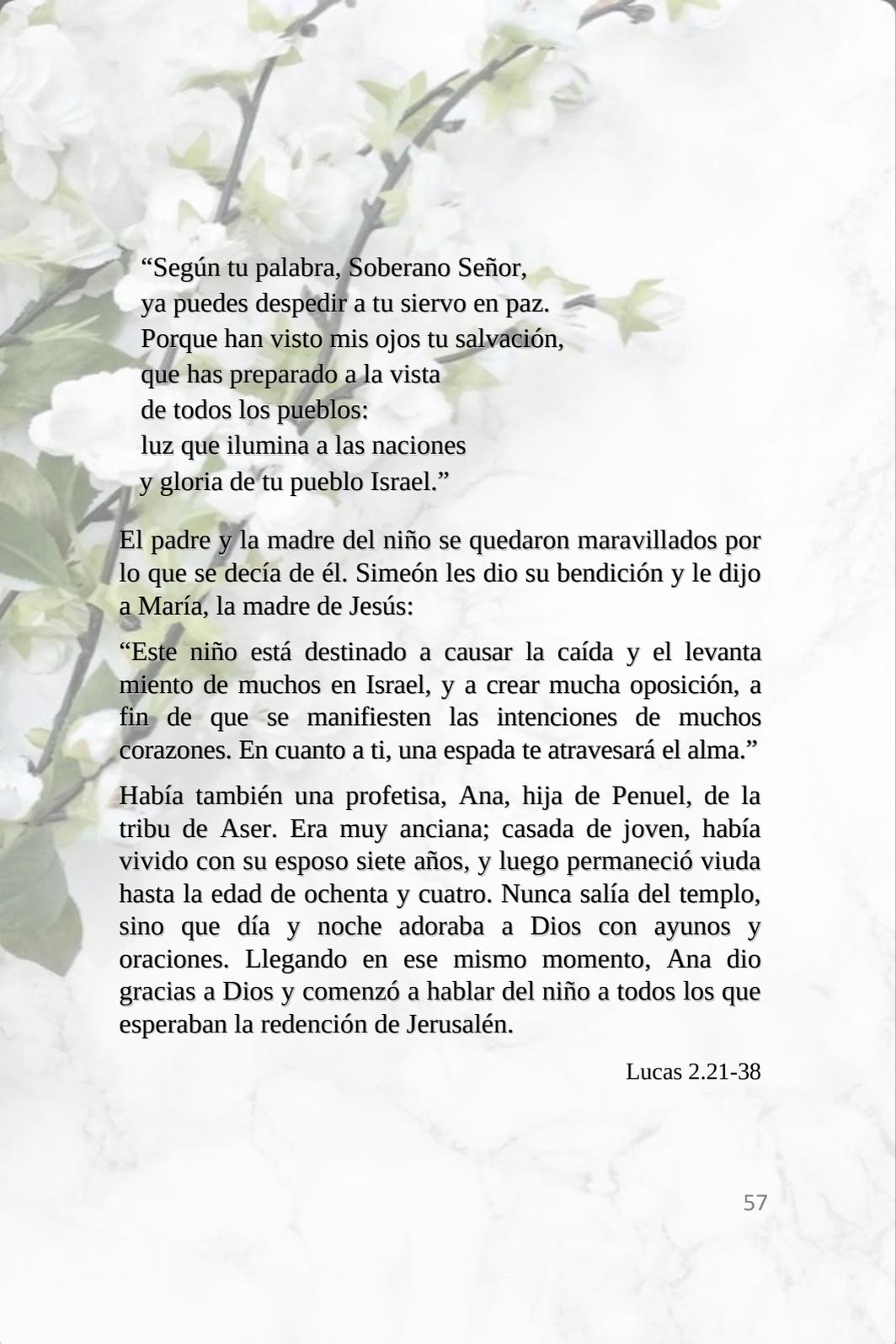
## LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

Cuando se cumplieron los ocho días y fueron a circuncidarlo, lo llamaron Jesús, nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido.

Así mismo, cuando se cumplió el tiempo en que, según la ley de Moisés, ellos debían purificarse, José y María llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. Así cumplieron con lo que en la ley del Señor está escrito: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”. También ofrecieron un sacrificio conforme a lo que la ley del Señor dice: un par de tórtolas o dos pichones de paloma».

Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, que era justo y devoto, y aguardaba con esperanza la redención de Israel.

El Espíritu Santo estaba con él y le había revelado que no moriría sin antes ver al Cristo [Mesías] del Señor. Movidó por el Espíritu, fue al templo. Cuando al niño Jesús lo llevaron sus padres para cumplir con la costumbre establecida por la ley, Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios:



“Según tu palabra, Soberano Señor,  
ya puedes despedir a tu siervo en paz.  
Porque han visto mis ojos tu salvación,  
que has preparado a la vista  
de todos los pueblos:  
luz que ilumina a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel.”

El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. Simeón les dio su bendición y le dijo a María, la madre de Jesús:

“Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma.”

Había también una profetisa, Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana; casada de joven, había vivido con su esposo siete años, y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro. Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. Llegando en ese mismo momento, Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Lucas 2.21-38

Vean a María y a José que vienen  
al Templo a traer al Niño.  
Llevan con gusto las dos tórtolas,  
y dan gracias a Dios al entregar su ofrenda.

María con regocijo lleva tiernamente  
contra su pecho al precioso Niñito,  
viene al Templo para la bendición  
y presenta su Niño al sacerdote.

Todavía no tiene que entregar  
para siempre a su querido pequeñito;  
al Señor le ofrecerá las avecillas  
y alegre volverá a su hogar con su  
querido Hijo.

Oh María, a quien Dios  
abundantemente bendijo,  
la maldad del hombre  
amenaza tu alegría;  
al unirse el odio y los celos,  
buscarán destruir a tu Hijo.



*Haz doble clic en la flor*

Tu corazón se llenará de gozo y embeleso,  
más después sentirás una profunda pena.  
Compartirás las alegrías y tristezas de tu Hijo  
e irás por el camino que Él debe recorrer.

Las noticias con que Simeón te saluda  
significan tanto alegría como sufrimiento.  
Tu Hijo traerá Luz a las naciones,  
pero tú serás traspasada por una espada.

Recibes temblando el mensaje de Dios,  
aunque no puedes entenderlo bien.  
Tú seguirás con perseverancia a tu Hijo,  
y estarás con Él al pie de la Cruz.





¡Qué alegría para María cuando llegó el tiempo de llevar a su Niño al Templo para presentarlo allí! En sus brazos ella llevaba a un Niño especial, único y distinto de cualquier otro, porque éste era el Hijo de Dios. Y ahora María tenía el privilegio de llevarlo al templo, a la casa de Dios Padre.

¿Los sacerdotes, al igual que los pastores y después los Sabios del Oriente, verían en Él a su Señor, al futuro Rey del Trono de David, al Mesías prometido? ¿Confirmaría el Señor, por medio de ellos, que el Niño de María era el Hijo de Dios? En las Sagradas Escrituras no aparece este dato. La falta de reconocimiento de parte de aquellos que deberían haber atestiguado Su filiación divina, tuvo que haberle causado a María nuevos sufrimientos y angustias.

Por primera vez, el bebé Jesús, el Hijo de Dios, fue llevado a la Casa de Su Padre, que debería haber sido Su hogar verdadero. Allí, en aquel lugar santo, donde Dios Padre había hecho Su morada, Jesús habría podido permanecer por derecho propio. Pero no fue así. Él estaba destinado a estar fuera de la casa de Su Padre. Aquí, en el recinto del Templo, Su gente tomaría piedras para apedrearle, en el preciso momento en que Él revelara Su identidad: *“El Padre y yo somos uno”* (Juan 10.30).

Cuando María llevó a su Niño al Templo, probablemente, no pensó en que ésa era Su casa, a la cual Él pertenecía. Ella simplemente estaba cumpliendo la

ley. En memoria de cómo en el pasado el Señor había salvado a los primogénitos de los israelitas, cuando a los primogénitos de los egipcios se les había dado muerte, todo primer hijo varón tenía que ser llevado al Templo para que fuera consagrado a Dios en señal de agradecimiento. Como Dios, en Su gran bondad, no aceptó dicho sacrificio, todo niño era siempre devuelto a sus padres, tal como lo experimentó Abraham mucho tiempo atrás.

En la ley se estipulaba que el primogénito sería redimido. La madre también tenía que ofrecer su acción de gracias, lo mismo que sus regalos de purificación, y es de notar que María dio la ofrenda que normalmente daban los pobres: “un par de tórtolas”.

Tal vez María y José incluso encontraron difícil cubrir el gasto de las dos palomas. María ni siquiera pensó entonces que su ofrenda de dos palomas era muy pequeña. Dios le pedía algo mucho más grande: Jesús mismo iba a ser la ofrenda. Por el momento, su Niño le fue devuelto. ¿Quizás se llenó de alegría al ver que, a diferencia de Ana (ver nacimiento y consagración de Samuel en 1 Samuel 1), ella no tuvo que entregárselo a Dios y consagrarlo a Su servicio en el Templo? En ese instante no sabía que tres decenios después ella tendría que hacer un sacrificio diferente, pero mucho mayor que el de Ana. El sacrificio más grande de todos. Ana tuvo que dejar a su hijo en el Templo, pero por lo menos lo tenía vivo, mientras que

María debía ofrendar su hijo a Dios, cuando Cristo murió en la Cruz.

Todavía ignorante de esto, María, radiante de felicidad, les presentó su Hijo a los sacerdotes. ¿No era Él la recompensa por recorrer un camino de fe, no era un regalo del cielo después de sus infinitos sufrimientos? Pero en ese momento, mientras María llevaba su ofrenda al altar, Dios Padre vio cómo treinta y tres años después el verdadero Cordero de sacrificio yacería sobre el altar y sufriría la muerte. También vio sobre la madre María la espada que atravesaría su alma cuando esto sucediera.

En el monte del Templo uno puede ver todavía la Roca de Moriah, donde Abraham ubicó a su hijo y, cuchillo en mano, se alistó para sacrificarlo.

Sin embargo, no se le pidió dar la puñalada fatal. Su hijo fue salvado y a Abraham se le eximió de este sacrificio. No obstante, María no sería exenta del sacrificio. Un día ella tendría que ver el momento en que una lanza atravesara el costado de su Hijo. Y una espada traspasara su propio corazón cuando testificara que a su Hijo, el Unigénito de Dios, Sus criaturas le dieran muerte en la Cruz como una ofrenda animal. Él, el Cordero de Dios, el Inmaculado, asesinado por los culpables.

En un sentido muy profundo, la presentación significaba una ofrenda de sacrificio, y así era apropiado

que en ese mismo instante Dios diera la revelación acerca de la espada que traspasaría el alma de María, la madre del Señor.

Él habló por intermedio del anciano Simeón, quien dijo esas palabras proféticas después de alabar a Dios por el privilegio de contemplar al Salvador esperado por tanto tiempo, y después de bendecir a los padres y al Niño.

Por una parte, fue un acto de gracia que Dios le diera a María esta revelación cuando empezaba a acompañar a Jesús por Sus caminos de sufrimiento, porque entonces podría prepararse continuamente para los acontecimientos dolorosos que habrían de suceder. Por otra parte, esta cruel profecía era como la espada de Damocles sobre María, quien nunca sabría cuándo caería sobre ella y le atravesaría el corazón. Las palabras “pero todo esto va a ser para ti como una espada que atravesase tu propia alma” parecían indicar que la espada no la traspasaría sólo una vez, en la crucifixión, sino que seguiría hundiéndose más y más profundamente en sus entrañas.

Esto iba a suceder en los largos caminos de sufrimiento que tendría que recorrer con su Hijo cuando compartiera Sus luchas y aflicciones. Si Simeón dijo que su Hijo sería una señal que muchos rechazarían, significaba que sería perseguido, despreciado y re-

chazado y su madre se vería afectada cada vez más. Al final, la espada le traspasaría directamente el corazón.

Como el sufrimiento de María culminaría en el Calvario, para ella era una señal de Dios que sus pruebas empezaran aún antes del nacimiento de Jesús. El sufrimiento continuaba siendo la característica de su vida, con el único propósito de que se fortaleciera y posteriormente pudiera soportar el dolor más terrible de todos, la crucifixión y muerte de su Hijo, con humilde y amorosa confianza en Dios Padre.

Una y otra vez, en la vida de María, mediante incidentes santos y significativos, recibió mensajes del cielo para fortalecerla en su camino de discipulado y para encender la luz de una promesa divina cuando su alma estaba en tiniebla.

Así sucedió en la Presentación de Jesús en el Templo. En esta ocasión, las palabras fueron expresadas por el anciano Simeón, quien no sólo profetizó la espada para María, también pronunció sobre su Hijo una promesa tan grandiosa y maravillosa que era difícil de comprender en ese instante. Poco después, la promesa fue confirmada con la visita de los Reyes del Oriente, quienes al llegar allí anticiparon el cumplimiento de la misma: este Niño está destinado a ser la Luz que iluminará a los gentiles.

Cuando Simeón alabó a Dios con estas palabras: *“mis ojos han visto tu salvación”*, María pudo haber

sentido de nuevo gozo en su corazón, porque sus ojos podían contemplar continuamente al que ahora estaba siendo aclamado el Salvador del mundo.

Sin duda, sus ojos fueron los primeros en verlo y ahora su mirada podía estar siempre sobre este Bebé, que había sido confiado a su maternal cuidado. María debió haberse llenado de nueva reverencia hacia su Niño al oír el mensaje del anciano Simeón.

El ángel le había anunciado que a su Hijo le sería dado el trono de Su padre David, pero Simeón ahora profetizaba que Él era *“la luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”*. La misión de su Niño alcanzaba cada vez mayores proporciones, abarcando el mundo entero.

Por la forma en que María y José se maravillaban ante estas palabras (ver Lucas 2.33), podemos sentir cuánto ellos necesitaban que Dios les confirmara continuamente el destino de este Niño. Sea que Él hablara por medio de ángeles, pastores, Sabios del Oriente o Simeón y Ana, Su mensaje era cada vez una confirmación: *“Éste es el Hijo de Dios y Él tiene una misión poderosa y universal, que comprende a Israel y a los gentiles”*.

Los padres de Jesús necesitaban ser animados, porque su vida real era muy distinta, y muy probablemente en muchas ocasiones se vieron asaltados por las dudas. Ellos veían que el Hijo de Dios era una

criatura humana como cualquier otra, que había nacido bajo la Ley, que tuvo que ser circuncidado y que ellos habían tenido que presentar una ofrenda por Su nacimiento. El Niño tenía que compartir su pobreza, sus miedos y privaciones. Su llegada a la Tierra no les trajo honores, ni riquezas ni poder. De todas las personas con quienes se encontraban con frecuencia, ninguna podría haber sospechado o comentado que éste era un Niño especial y en verdad el Hijo de Dios. En su humildad, ellos nunca se jactaron ante los demás diciendo: “¡Nuestro Niño es el Hijo de Dios!” y más bien mantenían este secreto bien guardado en sus corazones.

Ellos siempre se llenaban de sorpresa, reverencia y respeto cuando Dios, en Su bondad, les decía estas palabras por intermedio de alguien: “Este Niño que estás sosteniendo en tus brazos, María, es verdaderamente el Hijo de Dios”.

De esta forma, la Presentación de Jesús en el Templo le trajo a María tanto gracia como sufrimiento. Dios nunca concede gracia sin sufrimiento, porque es en el sufrimiento donde se manifiesta Su gloria. Así sucedió desde el comienzo del vínculo de Dios con María.

La Anunciación del ángel proclamó insuperables gracias divinas, que también le acarrearían a María deshonra y escarnio público en los meses que precedieron al nacimiento del Niño. Ahora, una vez más,

el mensaje de Dios le transmitió tanto gracias supremas como profundos sufrimientos.

Grandes e infinitamente bondadosas declaraciones se pronunciaron acerca de este Niño, que hicieron que el corazón de María se regocijara. Al mismo tiempo, la llenaron de miedo y angustia al oír que su Hijo tendría que sufrir el rechazo y que a ella misma una espada le atravesaría el corazón.

Pero mientras María preveía este camino de sufrimiento, una cosa la ayudó: el conocimiento de que era privilegiada al recorrer el camino con Jesús, el Hijo de Dios. Ella podía salir del Templo con Él en sus brazos y tenerlo siempre a su lado en su vida diaria, como fuente de alegría y felicidad.

Nuestro amado Padre:

Te damos gracias por mostrarnos en la vida de María que, cuando conduces a Tus elegidos por caminos extremadamente difíciles, los fortaleces una y otra vez al unirlos con otros que, llenos de Tu Espíritu, confirman las misiones que les das.

Te damos gracias por conducir al anciano Simeón al Templo cuando María llevó allí al Niño. Y te damos gracias por el consuelo que le diste al mostrarle que la salvación de Israel había llegado en la Persona del Niño Jesús.

Te alabamos Padre por María y José, los cuales obedeciendo se sometieron a la Ley y ofrecieron el sacrificio requerido, aunque ella llevaba en sus brazos a Jesús, tu Hijo. También te damos gracias por considerar a María digna de que su corazón fuera atravesado por una espada porque, al sufrir con Jesús, también compartiría con Él Su gloria.

Humildemente confesamos que, aunque pertenecemos a Jesús, compartimos una ínfima parte de Sus sufrimientos, mientras que María, Su madre, siempre participaba de Sus sufrimientos.

Te rogamos que nos des, como a María, un corazón obediente que soporte con fe las tribulaciones y tentaciones, y que sea leal a Ti hasta el final, para que nuestro camino de fe y sufrimiento pueda ser coronado como el de ella. Amén.



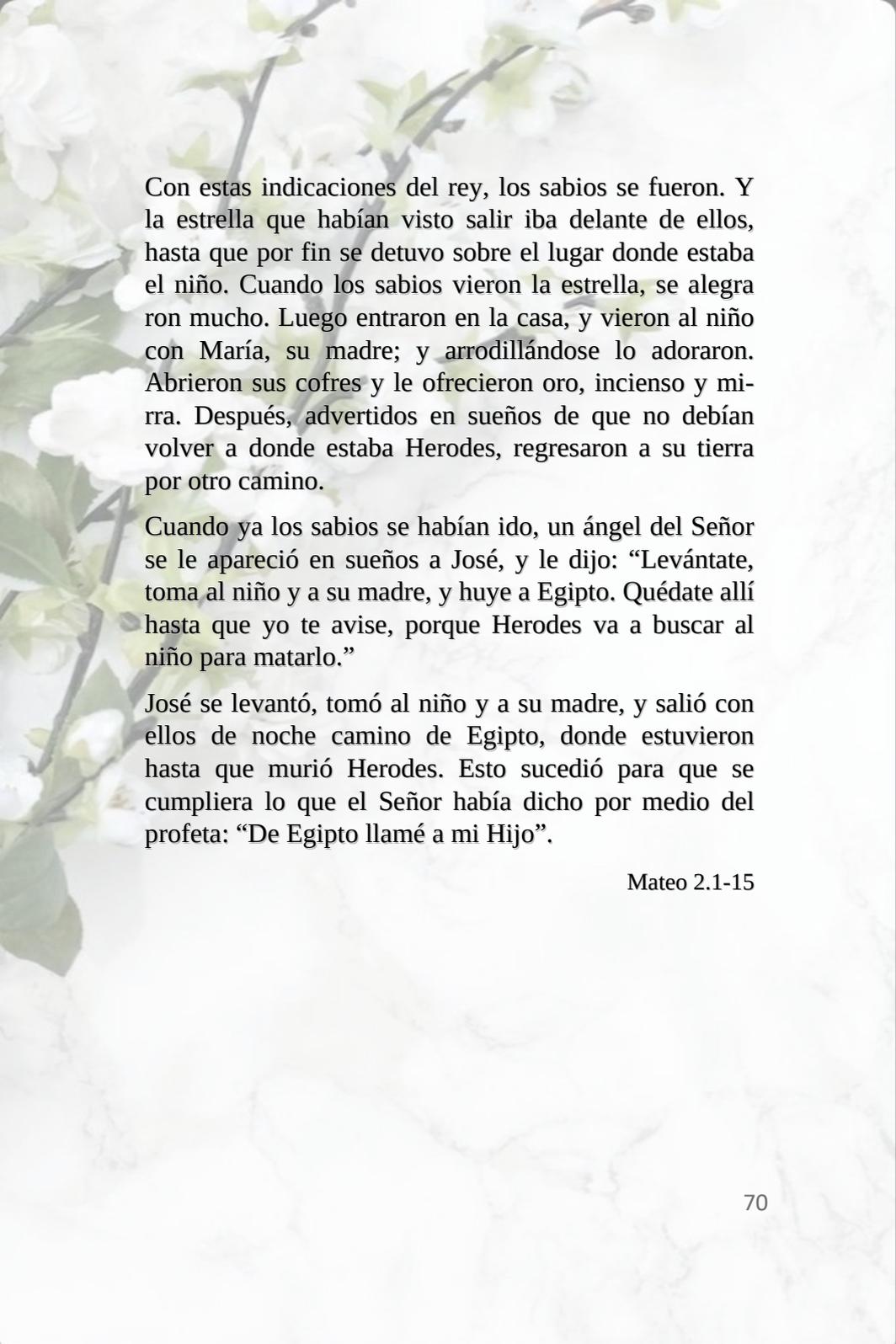
## LA VISITA DE LOS SABIOS DEL ORIENTE Y LA HUIDA A EGIPTO

Jesús nació en Belén, un pueblo de la región de Judea, en el tiempo en que Herodes era rey del país. Llegaron por entonces a Jerusalén unos sabios del Oriente que se dedicaban al estudio de las estrellas, y preguntaron: “¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos salir su estrella y hemos venido a adorarlo.”

El rey Herodes se inquietó mucho al oír esto, y lo mismo les pasó a todos los habitantes de Jerusalén. Mandó el rey llamar a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley, y les preguntó dónde había de nacer el Mesías.

Ellos le dijeron: “En Belén de Judea; porque así lo escribió el profeta: ‘En cuanto a ti, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales ciudades de esa tierra; porque de ti saldrá un gobernante que guiará a mi pueblo Israel.’”

Entonces Herodes llamó en secreto a los sabios, y se informó por ellos del tiempo exacto en que había aparecido la estrella. Luego los mandó a Belén, y les dijo: “Vayan allá, y averigüen todo lo que puedan acerca de ese niño; y cuando lo encuentren, avísenme, para que yo también vaya a adorarlo.”



Con estas indicaciones del rey, los sabios se fueron. Y la estrella que habían visto salir iba delante de ellos, hasta que por fin se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Cuando los sabios vieron la estrella, se alegraron mucho. Luego entraron en la casa, y vieron al niño con María, su madre; y arrodillándose lo adoraron. Abrieron sus cofres y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Después, advertidos en sueños de que no debían volver a donde estaba Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Cuando ya los sabios se habían ido, un ángel del Señor se le apareció en sueños a José, y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.”

José se levantó, tomó al niño y a su madre, y salió con ellos de noche camino de Egipto, donde estuvieron hasta que murió Herodes. Esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: “De Egipto llamé a mi Hijo”.

Mateo 2.1-15



Hasta entonces, Dios, en Su infinita bondad, repetidamente había enviado a María saludos celestiales en medio de todas sus pruebas, con el fin de fortalecerla para futuros sufrimientos. Le habían llegado también regalos terrenales en el momento en que los necesitaba con urgencia, para un trecho especialmente difícil del camino que les esperaba. Estos regalos le fueron presentados por los Sabios del Oriente, cuya llegada había sido planeada por el Padre como una muestra de Su amor. Su visita debió haber conmovido a María, por ser tan inesperada y oportuna, y por las riquezas que le habían llevado.

Pero los regalos de los Sabios del Oriente fueron de menor importancia en lo que respecta a la condición de María. Para ella, el llamado de Dios detrás de esta visita sería de mucha mayor significación. Aquella visita no sugería que los Sabios estuvieran pasando por su casa de casualidad y que, al oír sobre el nacimiento del Niño, fueran a verlo. No, el mismo Dios los había llamado por medio de la estrella.

En el Lejano Oriente recibieron una señal de que el Rey de los judíos había nacido y la estrella los condujo por todo el camino hasta la cueva en Belén.

¡Qué alegría debió haber llenado la cueva, cuando los Sabios del Oriente se arrodillaron delante del Niño, le presentaron sus regalos, y les relataron a los padres cómo los había conducido Dios por medio de

la estrella! María y José se unirían a la adoración de los Sabios del Oriente, alabando a Dios por haber abierto los cielos y por enviar al mundo a Su Hijo unigénito. En el corazón de María, su cántico sonaría de nuevo: “¡Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha puesto Sus ojos en mí, Su humilde sierva; Él se ha rebajado a Sí mismo y de mi seno ha nacido el que está destinado a ser el Salvador del mundo!”.

Con ojos espirituales, María vio a su Hijo como el futuro Rey en el trono de David, visitado por los gentiles, adorado y honrado por reyes y sabios. ¿Salomón no había recibido también tales homenajes? La Reina de Saba viajó a Jerusalén para visitar a Salomón y todos los reyes de la Tierra le tenían gran estimación. María no se daba cuenta entonces de que la promesa del ángel acerca del ascenso de Jesús al trono de David no se cumpliría durante la vida de ella, sino muchos cientos de años después y de que la vida del Salvador se desarrollaría de un modo muy diferente. Tampoco sospechaba cuántos conflictos interiores tendría que soportar, mayores que cualquier otro de los experimentados anteriormente. Todo esto estaba aún oculto a sus ojos.

Sin duda, con la visita de los Sabios del Oriente se levantó el espíritu de María y se llenó de esperanza al pensar en el futuro de su Niño. Pero pronto el curso de los acontecimientos se desarrolló de una manera muy distinta a la que ella había imaginado.

Los Sabios le llevaron oro, ¿pero con qué fin? Oh, poco sospechaba que en los días siguientes necesitaría desesperadamente ese oro porque tendría que huir con José y el Niño, y pasarían muchas semanas viajando a un país extranjero, donde probablemente se encontrarían de nuevo sin alojamiento y sin medios de ganar el sustento. El dinero era esencial para sobrevivir con el Pequeño.

Después de la visita de los Sabios del Oriente, que para María fue otra experiencia como la del “Monte Tabor”, el camino los llevó de nuevo hacia un valle de lágrimas. Un nuevo trecho de la senda empezó para María: la huida, debido a la repentina persecución a muerte de su Hijito. Los Sabios regresaron a sus lejanos países, mientras María y José, por orden de Dios, se internaron con su pequeño Hijo en el desierto, con el fin de escapar de los planes perversos de Herodes.

¡Refugiados! En nuestro tiempo ¿quién no ha oído acerca de la miseria de ser un refugiado? o ¿quién no la ha experimentado personalmente? Si uno tiene que huir con un bebé recién nacido, el problema es grave. Se han conocido casos de innumerables niños que han perecido en el camino. Pero, ¿qué puede ser más agotador que huir por un desierto? Es difícil imaginar un peligro mayor para un niño recién nacido que un viaje por las arenas del desierto, bajo el resplandor cruel de un sol abrasador, y un milagro más grande que esperar que esa tierna criatura llegue sana y salva después de tan terrible prueba.

Sin embargo, éste era el camino que Dios Padre había escogido para Su Hijo, que ahora había entrado al mundo como un bebé recién nacido, y que habría de marcar el principio de Su vida sobre la tierra. Una senda llena de penalidades, sufrimientos, peligros y temor a la muerte. Esto es lo que Dios había ordenado para María, la madre de Su Hijo, y para José. Otra vez la Cruz entró en la vida de María con gran fuerza. Era como si el Señor deseara mostrarle de nuevo: “la vida de mi Hijo está caracterizada por la Cruz, así que tu vida también debe llevar la huella de la Cruz, porque ésta es inseparable de Él”.

Con esta huida, Dios condujo a María por el del desierto, en el más crudo sentido de la palabra. Ella se encontró, tanto literal como figuradamente, en un camino desértico: ¿Por qué tuvo que huir con José y el Niño? Porque Herodes quería la vida de su Pequeño. Así pues, tampoco en el desierto podrían estar seguros de que un grupo de soldados y perseguidores no caería súbitamente sobre ellos y asesinaría al Niño. No podía saber si Herodes había descubierto qué ruta habían tomado y si los perseguiría hasta Egipto, porque él era un rey que tenía gran poder y un ejército a su disposición. Indudablemente, habría triunfado en su esfuerzo por encontrar al Niño si Dios lo hubiera permitido.

¡Con cuánta frecuencia se sobresaltaría María y José por el ruido de los cascos de los caballos o por el sonido de voces humanas en el desierto! Se llenaría de

terror al pensar que sus perseguidores los atraparían. ¡cuántos sufrimientos tuvieron que afrontar! Primero, vivían en constante temor por los animales salvajes, que constituyen un peligro particular en el desierto. Cuando lo cruzaban, los viajeros normalmente iban en grupos porque sin la protección de una caravana había poca esperanza de sobrevivir. Luego, existía la amenaza de las tribus que merodeaban, vagando por el desierto. Su angustia habría sido muy profunda al ver a su Niño expuesto al calor abrasador y a los demás rigores del clima. Y todo el tiempo estarían inquietos por la idea de morir de hambre o de sed en ese desierto sin agua.

Cada vez que María se angustiaba experimentaba la presencia del Padre, quien le daba pruebas visibles de Su amor. En la Noche Santa bajaron huestes de ángeles y así los pastores llevaron la noticia de que este Niño era el Salvador, el Hijo de Dios. Después, los Sabios del Oriente llegaron con regalos. De esta manera, podemos suponer que en el desierto también ocurrieron milagros de Dios y que de vez en cuando se abrían los cielos cuando la situación se tornaba más grave. Los animales salvajes podrían haberse acostado a los pies del Infante sin hacerle daño. Los árboles se habrían doblado para ofrecerles sus frutos. Indudablemente, Dios debió haberlos ayudado a José, a María y a su Niño, guiándolos milagrosamente; de lo contrario, nunca habrían llegado a Egipto.

Tal experiencia también debió fortalecer mucho la fe de José, pues bien habría podido preguntar: “¿Qué Niño es éste que has dado a luz, María? ¿Él es realmente el Hijo de Dios? En lugar de nacer en un palacio, o por lo menos en una casa normal, donde podría haber sido cuidado, Dios permite que nazca en una cueva. ¿Qué clase de Niño es éste?. Recién nacido, tiene que huir para salvar su vida, con la muerte pisándole los talones; es desterrado de su lugar de origen, del cual es el Rey y Señor, y se ve forzado a someterse a las órdenes y el poder de otro gobernante, Herodes, que está empeñado en matarlo.

¿Qué clase de Niño es éste? Desde que llegó a nuestras vidas, hemos tenido que sufrir miseria. Nuestro destino está ahora lleno de temores, pobreza, necesidades y múltiples ansiedades y sufrimientos”.

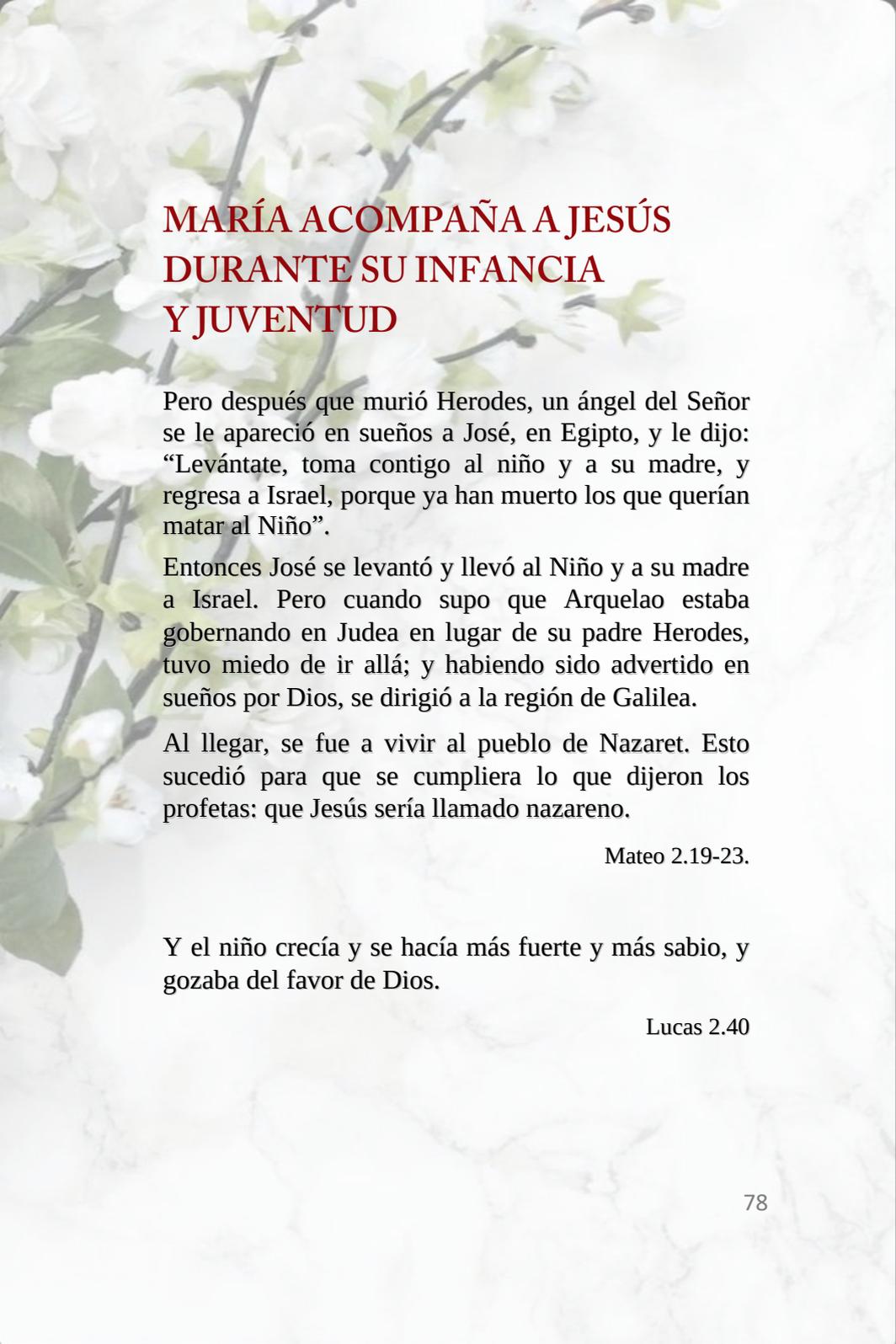
¡Y qué conflicto interior debió haber soportado María ante la sola idea de que todos esos niños serían asesinados en Belén por los soldados de Herodes, a causa de su Niño! ¡qué angustia debió haberle causado este pensamiento! ¿Cómo podía ella comprender los designios de Dios? No obstante, María continuaba cumpliendo Sus órdenes obedientemente y, aunque no las entendía, seguía confiando en Él, segura de que los caminos del Señor eran buenos. Todo lo que podía hacer era soportar el dolor y la angustia del alma, pero, al hacerlo así, también abrazaba y besaba de nuevo al Bebé, como cantamos en un villancico alemán:

El que quiera abrazar a este Niño  
y besarlo con alegría,  
primero tiene que sufrir con Él  
mucho dolor y agonía.

Junto con la huida por el desierto, siguió su estancia en Egipto. ¿Encontraron un sitio para vivir en ese país extranjero? ¿O se repitió la experiencia de Belén, donde en vano buscaron alojamiento?.

Sabemos cuán difícil es para los extranjeros encontrar habitación y trabajo. Así que podemos suponer que fue una época dura y amarga la que pasaron José, María y el Niño en el extranjero. Durante toda Su vida, el Hijo de Dios recorrería un camino de pobreza, porque esa era la voluntad del Padre. Como lo dicen las Sagradas Escrituras, Él se hizo pobre. Por esto, al ser de categoría humilde, no gozaba de derechos o privilegios especiales, ni tampoco tuvo ingresos fijos durante el transcurso de Su vida. En Sus largos y agotadores viajes itinerantes, el Hijo del Hombre no tenía donde recostar Su cabeza. Desde que era un bebé, tuvo que soportar todas estas aflicciones, lo mismo que Su madre, cuando se vieron forzados al exilio.





## MARÍA ACOMPAÑA A JESÚS DURANTE SU INFANCIA Y JUVENTUD

Pero después que murió Herodes, un ángel del Señor se le apareció en sueños a José, en Egipto, y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y regresa a Israel, porque ya han muerto los que querían matar al Niño”.

Entonces José se levantó y llevó al Niño y a su madre a Israel. Pero cuando supo que Arquelao estaba gobernando en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá; y habiendo sido advertido en sueños por Dios, se dirigió a la región de Galilea.

Al llegar, se fue a vivir al pueblo de Nazaret. Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: que Jesús sería llamado nazareno.

Mateo 2.19-23.

Y el niño crecía y se hacía más fuerte y más sabio, y gozaba del favor de Dios.

Lucas 2.40



**E**n lugar de regresar a Belén después de su permanencia en Egipto, como José parecía haber planeado, se dirigieron a Nazaret, ya que Dios se lo advirtió en un sueño.

La profecía de Isaías se cumpliría al convertirse Jesús en un “Nazareno”, es decir, en un habitante del menospreciado Nazaret. Así pues, el Niño Jesús creció en Nazaret bajo el cuidado de Su madre y de Su padre adoptivo. En la época de Jesús, Nazaret era aparentemente un sitio pequeño con pocos habitantes y conocido por su pobreza y porque su suelo no era tan fértil como el del vecino Caná, por ejemplo. Pero, sobre todo, Nazaret debió haber sido un sitio desacreditado, como lo son ciertos lugares hoy en día. Recordamos las palabras de Natanael: “*¡De Nazaret! ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?*” (Juan 1.46).

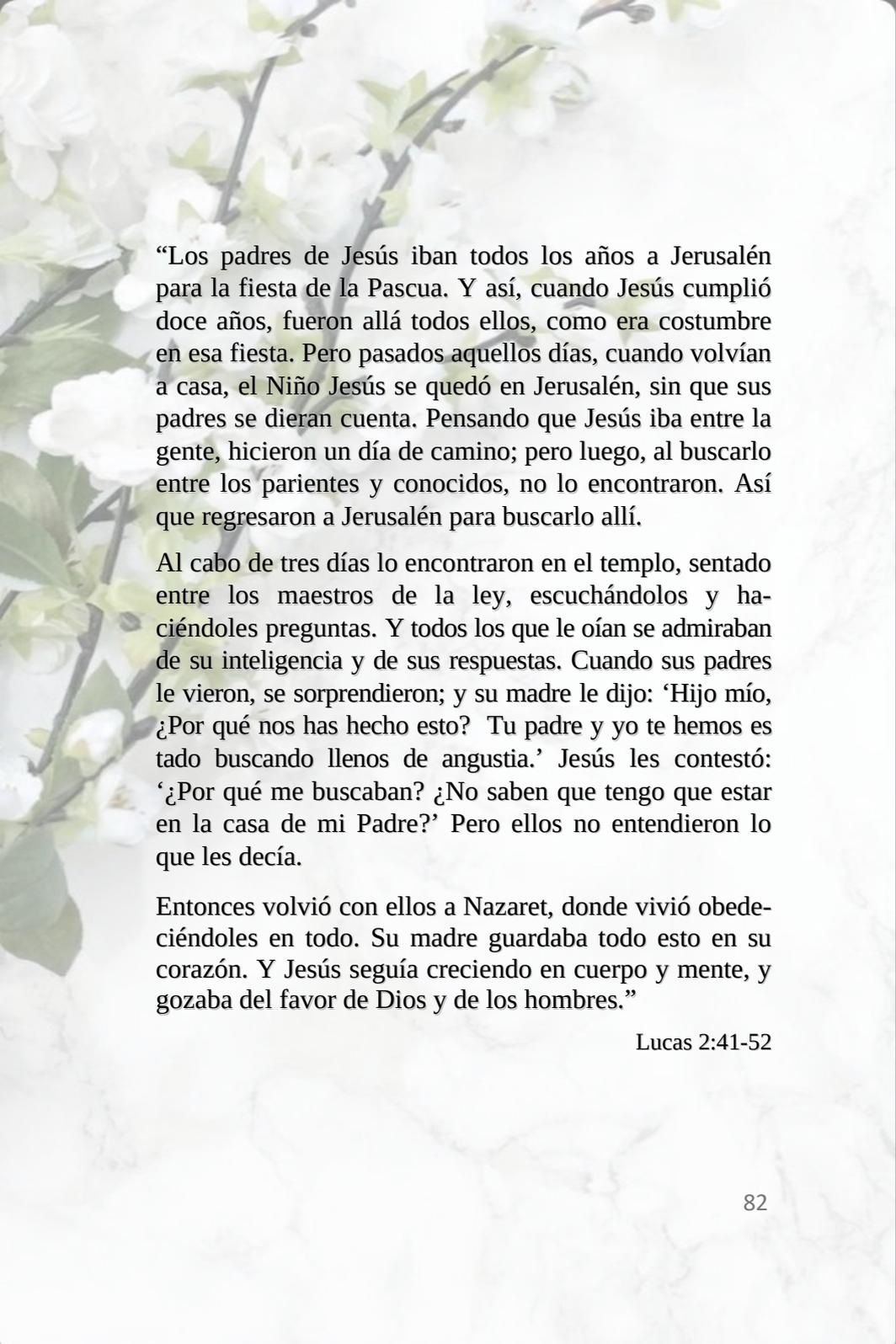
Nazaret no sólo era conocida como una ciudad pobre y pequeña, sino también porque en ella habían vivido muy pocas personas buenas y nobles, y por tanto era un pueblo menospreciado, en el cual tal vez prevalecía una atmósfera de discordia, luchas y maldad. En la actualidad, al caminar por las angostas calles de Nazaret, uno todavía puede percibir algo de lo sombrío de esa ciudad.

No obstante, Dios había escogido este sitio para que fuera el hogar de Su Hijo Unigénito, el Puro e Inmaculado, que dejó la gloria del cielo para venir a la Tierra. ¡Cuán duro debió haber sido para Jesús vivir entre los niños de Nazaret! Y Su madre compartiría esta situación penosa. Los padres sufren cuando sus hijos son tan diferentes de los otros, que hasta son tratados más bien como extraños y tienen que seguir solos su camino, porque nadie los comprende realmente. Así pudo haber ocurrido con el jovencito Jesús, aunque quizás en un mayor grado porque Su corazón estaba arriba con Su Padre Celestial, a quien amaba por encima de todo. Tal vez Él todavía tenía una vaga idea de lo que había gozado en el cielo. Si aun entre los jóvenes de hoy hay algunos que sienten un gran anhelo por el cielo y evitan tomar parte en actividades malas e impuras, que les causan dolor, entonces sería muy duro para Jesús crecer entre esos niños malos y pecadores, especialmente porque Él los amaba a todos y cada uno con un amor Divino.

En medio de todas esas pruebas y sufrimientos, María tuvo que criar a su Niño Jesús. Ésta era su tarea y su responsabilidad como madre. Pero con mucha frecuencia sucedía lo contrario. La naturaleza de su Hijo, tan diferente de la de los demás, y el aura de santidad que lo rodeaba la llenarían una y otra vez de reverencia y ella silenciosamente lo adoraba dentro de su corazón diciendo: “Éste es el Hijo de Dios. Sí, este Niño mío es verdaderamente el Hijo de Dios”.

En las Santas Escrituras leemos que el Niño Jesús crecía en sabiduría y gozaba del favor de Dios y del hombre. ¿No indica esto que era evidente ver en Él a un ser único, así como al observar a un niño prodigio o a un genio de la música, los cuales no pueden permanecer escondidos?.

Sí, la gracia de Dios estaba sobre Él y la sabiduría del Todopoderoso brotaba de los labios de Jesús. ¡Cuán agradables serían Su disposición y Su carácter! ¡Cuán llenas de gracia Sus Palabras! Porque sabemos que más tarde, cuando Él era ya adulto, aun Sus coterreños se admiraban de las palabras tan bellas que decía (ver Lucas 4.22). La naturaleza real de una persona, con frecuencia, es más pronunciada en la infancia, así, durante la infancia de Jesús, María tuvo como nadie el privilegio de observar algo de Su verdadero ser como Hijo de Dios, porque después de todo, Él era su Hijo y había sido puesto al cuidado de ella. María era la más cercana a Él, más que ninguna otra persona y ella tenía el derecho de mirarse en Sus ojos. Sin duda, Él le reveló mucho de lo que había en Su corazón y ella siempre tuvo la dicha de oír las palabras que brotaban de Sus labios. Una y otra vez se maravillaba María ante la incomprensible gracia que Dios le había concedido al confiarle a Su Hijo Unigénito y al permitirle a Él que creciera como un niño en su hogar. ¿Existió alguna vez una persona sobre la Tierra que obtuviera de Dios un don más grande que el otorgado a María al recibir a Jesús como su Hijo?.



“Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y así, cuando Jesús cumplió doce años, fueron allá todos ellos, como era costumbre en esa fiesta. Pero pasados aquellos días, cuando volvían a casa, el Niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres se dieran cuenta. Pensando que Jesús iba entre la gente, hicieron un día de camino; pero luego, al buscarlo entre los parientes y conocidos, no lo encontraron. Así que regresaron a Jerusalén para buscarlo allí.

Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, se sorprendieron; y su madre le dijo: ‘Hijo mío, ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia.’ Jesús les contestó: ‘¿Por qué me buscaban? ¿No saben que tengo que estar en la casa de mi Padre?’ Pero ellos no entendieron lo que les decía.

Entonces volvió con ellos a Nazaret, donde vivió obediéndoles en todo. Su madre guardaba todo esto en su corazón. Y Jesús seguía creciendo en cuerpo y mente, y gozaba del favor de Dios y de los hombres.”

Lucas 2:41-52



**P**asó el tiempo y Jesús cumplió 12 años. Entonces, llegó el gran día cuando pudo acompañar a Sus padres al Templo por primera vez. ¡Qué ocasión tan especial era en la vida de una familia judía cuando los padres iban allí con su hijo de doce años! Ahora, Él sería admitido en la comunidad judía; Su infancia había pasado y ya entraba a la adolescencia. Cuando un niño cumplía 12 años, para sus padres este hecho era el comienzo de un capítulo importante en la vida de su hijo.

¿No estaría el corazón de María rebosante de gratitud hacia Dios cuando se dirigían los tres a Jerusalén? La última vez que había estado en el Templo con su Niño fue probablemente el día de la Presentación. Después tuvo que huir con Él al desierto, donde la muerte en muchas formas buscaba la vida de su Niño. Sin embargo, Dios lo protegió. Ahora se le permitía a ella ir con Él al Templo, la Casa de Dios, de la cual habían cantado los salmistas en tiempos pasados: “*¡Cuán hermoso es tu santuario, Señor todopoderoso! ¡Con qué ansia y fervor deseo estar en los atrios de tu templo! ¡Con todo el corazón canto alegre al Dios de la vida! Aun el gorrión y la golondrina hallan lugar en tus altares donde hacerles nido a sus polluelos, oh Señor todopoderoso, rey mío y Dios mío*” (Salmo 84.1-3).

Antes de salir para Jerusalén podemos imaginar que el jovencito Jesús interrogaría ansiosamente a Su madre acerca del Templo y de cómo Dios se manifes-

taba allí. ¿No les había hecho muchas preguntas en el Templo a los escribas, y a los maestros de la Ley y no discutió todo con ellos con gran sabiduría? Ahora, había llegado realmente el momento en que el joven Jesús entraría al Templo de Dios y contemplaría el lugar donde moraba el Altísimo. Si los corazones de los judíos piadosos se llenaban de alegría y ansiedad al pensar que iban a visitar el Templo, entonces, ¿cuánta más intensa sería la emoción de Jesús? ¡Qué expectativas, anhelos y profunda alegría lo embargarían al pensar que ahora por fin iba a entrar a la Casa de Su Padre! Porque aquí y sólo aquí era donde Jesús debía permanecer.

En compañía de sus parientes y conocidos, Sus padres viajaron con Él de Nazaret a Jerusalén, en donde adorarían a Dios y Le ofrendaría sacrificios. Debido a la agitación por los días de fiesta, a la conmoción general y a la gran cantidad de reuniones se pudieron haber ignorado los profundos sentimientos que se agitaban en el corazón de Jesús mientras estaba en el Templo. Para el Hijo de Dios, que había dejado el cielo y la íntima presencia del Padre, asistir a los ritos en el santuario, donde Su Padre era adorado y donde todo giraba a Su alrededor era como tocar por fin el borde del manto de Su Padre. De la observación que le hizo a Su madre: “*¿No saben que tengo que estar en la casa de mi Padre?*”, podemos percibir el grito de Su corazón para quedarse en el lugar donde Su

Padre había hecho Su morada en la tierra. Al tener que vivir tan lejos de Su Padre, Jesús suspiraba por saborear un poquito de Su presencia otra vez.

El joven Jesús se sentiría como una persona con una alma sedienta y cuyo deseo más grande fuera apagar esa necesidad de beber. Ahora, había llegado el momento tan largamente anhelado en que Jesús probaría la gloria de la reunión con Su Padre. Casi incapaz de contener el gozo que lo embargaba, Él habría dicho en Su corazón: “Nunca volveré a alejarme. Aquí me quedaré, porque éste es mi hogar”.

Por el modo en que se sintió en la Casa de Dios, como en Su propio hogar, es evidente que suspiraba por Su Padre todo el tiempo. Incluso cuando los hijos de los hombres, como lo dijo después, habían convertido el Templo en una cueva de ladrones, Él de todas maneras encontró allí la morada de Su Padre y prefirió quedarse en ese lugar. Como una madre quiere a su hijo y gozosamente lo estrecha en sus brazos al hallarlo de nuevo, aun si tiene marcadas las huellas de una vida pecaminosa, así, a pesar de la deformación de la morada de Dios, el Hijo encontró al Padre en el Templo.

¿María, la madre de Jesús, no habría percibido lo que había en la mente de su Hijo? Para todos los judíos piadosos, el Templo tenía un gran significado; para ellos, y sin duda también para María, era el lugar de Dios. ¿No podría haber previsto que su Niño, el

Hijo de Dios, se sentiría en el Templo como en Su casa y pasaría unos días tan felices allí que sería muy duro para Él alejarse de nuevo? Aun en el caso de que ella hubiera meditado sobre esto en su corazón, la realidad de la vida cotidiana fue más fuerte que aquella consideración.

La costumbre era regresar después de la fiesta, y como María nunca había experimentado nada distinto a una absoluta obediencia de parte de su Niño, no se le ocurrió que Él no los seguiría en compañía de los otros peregrinos en su viaje de regreso a casa, al terminar las festividades. ¡Cuán grande sería la consternación de los padres cuando no lo encontraron en el lugar donde se alojaron por la noche y nadie sabía dónde se encontraba!

¿Quién no comprende las preguntas que le hizo María a su Hijo cuando por fin lo encontró?: *“Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia”* (Lucas 2.48). Todos sabemos lo que sienten los padres cuando se les desaparece un hijo. Ansiosamente lo buscan y su angustia crece por momentos, al pensar que algo malo le ha sucedido y que lo han perdido para siempre. Como María amaba tan profundamente a su Hijo, su dolor tuvo que ser inmenso al no hallarlo y tal vez pensaba que lo había perdido.

Ella lo encontró en el Templo entre los maestros de la Ley, escuchando y haciendo preguntas. Después de toda la angustia que había soportado su corazón a

causa de Él, a duras penas podía pensar que había recuperado a su Niño. Sin embargo, no fue una reunión completamente alegre. En Lucas 2.48 dice: *Cuando sus padres le vieron, se sorprendieron*. En esta ocasión, María experimentó, de un modo más concreto que antes, que su Hijo Jesús era único y diferente de todos los demás, y que vivía en otra esfera.

María oyó las respuestas que Él dio a los escribas y vio su asombro, y ella misma se maravilló con la divina sabiduría de Sus palabras. En ese instante se dio cuenta de que Él ya no era el Niño que había conocido, aunque siempre había estado dotado de gracias divinas.

Para María, el día señalado por orden divina había llegado cuando Dios le hizo ver en forma muy clara que: “Tu Niño ya no es tuyo”. Probablemente, Dios arregló las cosas de una forma tal que ella tuviera esa experiencia, después de aquellas horas de gran angustia, cuando su amor maternal se había intensificado más que nunca. Esto dejó en su alma una impresión indeleble, especialmente después de la angustia que había sufrido. Allí, en el Templo de Dios, Jesús se sentó en medio de los maestros de la Ley, como si perteneciera a ese lugar y como si aquel fuera Su sitio legítimo. Y las palabras que salieron ahora de los labios de su Niño fue: “*¿No saben que tengo que estar en la casa de Mi Padre?*” (Lucas 2.49). significaban que era la respuesta de Dios a la pregunta de ella.

Sí, Él tenía que estar allí, pues era el sitio al cual pertenecía. Y esto se lo demostró Jesús a María con Su actitud.

Así pues, a los 12 años de edad, con esa respuesta, Jesús trazó la línea divisoria entre Sus padres y Él. Su Padre no era José, sino Dios. Y así como en los primeros años María tuvo que aprender especialmente a tener fe, ahora debía aprender a desprenderse de su Hijo. Él estaba siendo alejado de ella.

La espada empezaba a traspasar su corazón y con cada año penetraría más profundamente, hasta cuando su Hijo fuera crucificado. Allí, la línea divisoria fue trazada para siempre cuando Jesús dijo, aunque con ternura y amor filial: “¡Mujer, ahí tienes a tu hijo, Juan!” (ver Juan 19.26).

¿Nos sorprende ahora que las Sagradas Escrituras, cuando describen el incidente con el joven Jesús en el Templo, dicen de Sus padres: *Ellos no entendieron lo que les decía* (Lucas 2.50)? Al percibir por las palabras de Jesús lo absoluto de Su afiliación con Dios Padre, María y José se llenaron de tanto dolor por Su separación de ellos, como Sus padres. Así todo conocimiento y comprensión del destino de Jesús quedaron ahogados en esta angustia. Ellos pudieron percibir que se trataba de algo más que un piadoso Niño Judío que se sentía atraído hacia la Casa del Señor; y este “algo más”, que sólo la divinidad de Jesús podría explicar, les causó tan

profundo dolor como padres que les fue imposible entenderlo en ese momento.

Aun si María hubiera recuperado entonces a Jesús, su Hijo en realidad había sido retirado de ella, pues Dios Padre le había demostrado claramente en el episodio del Templo: “Este Niño es mío, mi Hijo unigénito; Él me pertenece, únicamente a Mí”. De todos modos, Jesús volvió con Sus padres a Nazaret como Hijo obediente y de nuevo estuvo sometido a ellos en todo. Sin embargo, aunque las cosas habían vuelto a su curso normal, ya había cruzado un umbral.

No obstante, María, la Biblia lo dice explícitamente, atesoraba todas estas cosas en su corazón (ver Lucas 2.51) y no las hacía a un lado, sino que meditaba sobre ellas cada vez, como siempre lo hemos visto. Si no las hubiera tenido en cuenta, tal vez habría estado tentada a pensar que nada había cambiado, puesto que veía que su Hijo seguía sometido a ella en todos los actos de Su vida diaria y ajustado a la rutina de la vida familiar, como cualquier otro niño. Sin embargo, María rehusaba guiarse por las apariencias. Las palabras que había oído María de Sus labios permanecían en ella como una gran realidad. Incapaz de olvidarlas, María las conservaba en su corazón.

Al hacerlo así, María demostraba que, aunque no lo entendía a Él claramente, en cierto sentido sí lo comprendía. Al tomar Sus palabras seriamente, ella expresaba su voluntad de entenderlo y de ser obediente a Dios.

De esta manera, María pagó el precio de ser como uno de Sus discípulos, aprendiendo y practicando lo que Jesús les diría posteriormente a todos ellos, como un reto y una condición para seguirlo: *“Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14.26). Seguir el llamado de Dios significa desprenderse de los demás, incluso de los más cercanos a nosotros.

El mismo Jesús abandonó al Padre por nuestra causa y ahora María también tendría que seguir el camino de la renuncia –como lo harían después Sus discípulos– y permitir que Él dejara de ser su Niño. Sin duda, en los años siguientes, María sentiría cada vez más y más que Jesús estaba siendo apartado de ella: Él ya vivía en un mundo completamente diferente y el Padre celestial era Su más grande amor.

Además de dicho sufrimiento que, como madre, debía soportar en toda su amargura, un conflicto interior asaltaba a María cada vez con mayor fuerza, a medida que pasaba el tiempo: *“Si Jesús es el Hijo de Dios y*

está atendiendo los asuntos de Su Padre, ¿por qué no revela que es el Hijo de Dios? ¿Por qué no da testimonio del Padre? ¿Por qué no asciende como rey al trono de David y ¿por qué no se ha convertido en una Luz para los gentiles, como se anunció en la promesa? Él no es ni siquiera una Luz para Israel, porque una luz no se esconde para ocultar su brillo”.

Sin embargo, los divinos dones de Jesús, que ella y otras personas ya habían percibido, estaban ocultos como cuando se esconde una luz para que no se vea su brillo.

Jesús vivía como el sencillo hijo de un carpintero, presumiblemente realizando el oficio de Su papá, fabricando año tras año, puertas, piezas de madera para arados y otros artículos para los nazarenos. ¿Acaso David no fue retirado de su humilde ocupación de pastor para ser ungido como rey cuando todavía era un muchacho? ¿Por qué ninguno de los sacerdotes y fariseos preguntó por su Hijo?

De un modo nuevo y más profundo, María aprendió a mantener la fe y a esperar pacientemente el tiempo en que Dios decidiera todas estas inquietudes. Al principio tuvo que aguardar año tras año; ahora, al entrar Jesús en la edad adulta, esperaba mes tras mes, semana tras semana y, finalmente, día tras día, el momento en que Jesús revelaría Su identidad y cuándo se cumpliría lo profetizado por el ángel en Su nacimiento. ¿Le daría Dios ahora el trono de David?

¿Sería proclamado rey de Israel y empezaría a asumir Sus funciones y el llamado de Dios? Sin embargo, no había la más mínima indicación de que esto iba a suceder. Jesús pertenecía a la humilde familia de un carpintero de Nazaret, no tenía conexiones con grupos influyentes, mucho menos con la clase gobernante de Israel. Cuántas veces Su madre haría estas preguntas al orar a Dios: “¿Cuándo se cumplirán las promesas, oh Señor? ¿Cuándo llegará ese día?”. Por esto, al sentirse decepcionada, tenía que hacer verdadera batalla de fe y aferrarse de nuevo a la promesa, de tal modo que su fe en realidad consistía en innumerables actos de confianza en Dios y entrega a Él.

Puede hacerse una comparación con Abraham. A pesar de la promesa que había recibido, afrontaba la esterilidad de Sara, quien no había podido darle un hijo. De forma similar María veía crecer a su Hijo –en esa época en Israel un niño de 13 años era considerado como un adulto, capaz de comenzar una carrera– y, sin embargo, Él no daba ni un paso para que la promesa se cumpliera. ¡Con cuánta frecuencia diría María: “¡Señor mío y Dios mío: yo no te comprendo!”. Pero, de igual manera como lo expresó con su “Hágase en mí según tu Palabra”, debió haber batallado todas aquellas dudas y las vicisitudes hasta llegar al punto en que pudo creer de nuevo y decir con plena fe: “¡Yo confío en Ti y sé que vendrá el día en que, a pesar de todo, Tú pondrás a Jesús en el trono de David para que pueda salvar a Su pueblo!”.

## MARÍA DURANTE LA PRIMERA ETAPA DEL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS

Al tercer día hubo una boda en Caná, un pueblo de Galilea. La madre de Jesús estaba allí, y Jesús y sus discípulos fueron también invitados a la boda. Se acabó el vino, y la madre de Jesús le dijo: “Ya no tienen vino.” Jesús le contestó: “Mujer, ¿por qué me dices esto? Mi hora no ha llegado todavía.”

Ella dijo a los que estaban sirviendo: “Hagan todo lo que Él les diga.” Había allí seis tinajas de piedra, para el agua que usán los judíos en sus ceremonias de purificación. En cada tinaja cabían de cincuenta a setenta litros de agua. Jesús dijo a los sirvientes: “Llenen de agua estas tinajas.” Las llenaron hasta arriba, y Jesús les dijo: “Ahora saquen un poco y llévenselo al encargado de la fiesta.”

Así lo hicieron. El encargado de la fiesta probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde había salido; sólo los sirvientes lo sabían, pues ellos habían sacado el agua.

Así que el encargado llamó al novio y le dijo: “Todo el mundo sirve primero el mejor vino, y cuando los invitados ya han bebido bastante, entonces se sirve el vino corriente. Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora.”

Esto que hizo Jesús en Caná de Galilea fue la primera señal milagrosa con la cual mostró su gloria; y sus discípulos creyeron en Él. Después de esto se fue a Cafarnaum.

Juan 2.1-12



Quien espera que algo suceda, puede sentir cuando esto se acerca y sus esperanzas están a punto de cristalizarse. Así sucedió con María en la fiesta de bodas de Caná, pues Jesús había reunido a algunos discípulos, lo que para ella era como un rayo de esperanza. La vida de Él había tomado una nueva dirección. Probablemente, María confiaba en que ese era el momento en que Dios cumpliría Su promesa y que por fin su Hijo ascendería al trono de David. ¡Ella había esperado anhelante por mucho tiempo que esto sucediera! ¿Sería éste el momento en que Él realizaría Su primer milagro públicamente y demostraría así que era el Mesías?

María creía en el poder de su Hijo y tenía plena confianza en Su habilidad para manejar cualquier situación. Éste fue el motivo por el cual, cuando se acabó el vino durante las festividades de la boda, al ver surgir esta necesidad, ella inmediatamente se volvió a Jesús y le dijo: “No tienen vino”, como si fuera perfectamente natural recurrir a Él para que remediara la situación y repusiera el vino. La respuesta de Jesús, que algunas veces se ha traducido como “Oh mujer, ¿qué tienes que ver tú conmigo?”, usualmente se interpreta en forma equivocada; ya que literalmente significa: “¿Y qué tiene que ver eso contigo y conmigo?”, lo cual no expresa falta de amabilidad.

Jesús siguió diciendo: “Mi hora no ha llegado todavía” (Juan 2.4). De esto deducimos que Él había comprendido lo que deseaba Su madre, aunque no quería que lo presionara. Con Su respuesta, Él probablemente quería también decirle a ella: “Ciertamente ya se acerca la hora en que revelaré mi poder y les mostraré mi ayuda; sin embargo, todavía no ha llegado y yo tengo que esperar obedientemente el momento en que el Padre me muestre cuándo debo actuar”.

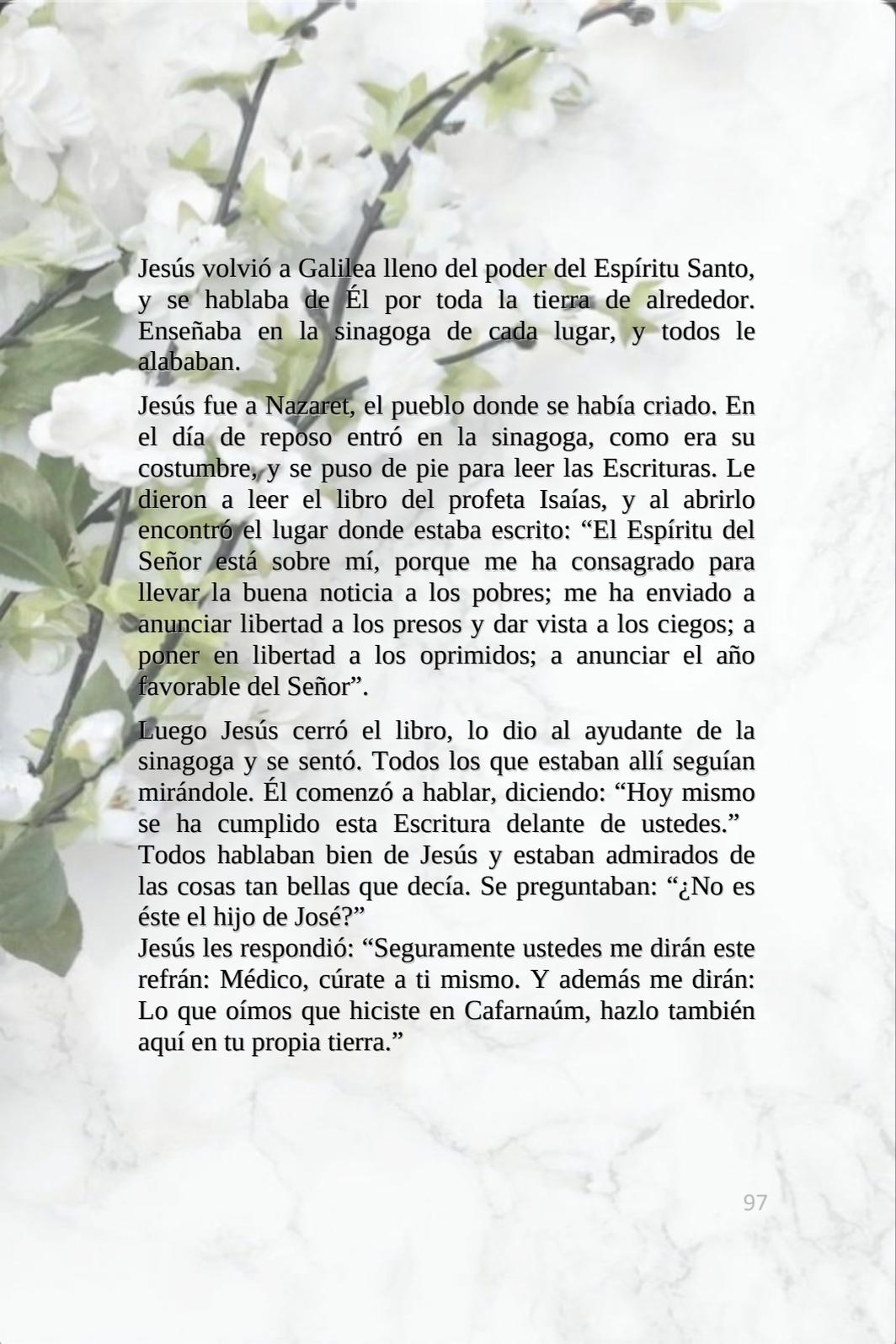
*“Mi hora no ha llegado todavía...”*. Sin duda, durante muchos años y día tras día, Dios le estuvo enseñando a María a admitir precisamente esto. Una vez más, ella humildemente aceptó esta palabra, creyendo al mismo tiempo en la misión de su Hijo, como lo evidencian sus instrucciones a los sirvientes: *“Hagan todo lo que Él les diga”* (Juan 2.5). Ese día, realmente había llegado Su hora, sólo que un poco después de lo esperado por ella. El primer gran milagro se realizó en esa boda, y está escrito que Jesús manifestó allí toda Su gloria.

¿Qué corazón podría haberse llenado de tanta alegría y mayor adoración que el de Su madre María? De los discípulos se ha escrito que ellos creyeron en Él, pero María desde tiempo atrás lo había hecho; por esto, ella deseaba animarlo con su petición para que realizara el milagro. Después de todos esos años de esperar contra toda esperanza para luego quedar decepcionada; después de batallar continuamente con una fe renovada, continuando su camino con pacien-

cia, confiando que Su hora llegaría, ¡cuánto habrá significado para María que ahora Él hubiera realizado un milagro públicamente! Por la primera vez, Jesús manifestaba Su grandeza y Su poder para que todos fueran testigos.

El agradecimiento de María hacia Dios debió haber sido ilimitado ahora que Él había empezado a cumplir Sus promesas. Algo de Su gloria se hizo evidente por medio de su Hijo, quien había probado Su milagroso poder como Hijo de Dios. Aunque hasta el momento no se había abierto el camino para que Jesús ascendiera al trono de David, ese milagro podría ser el comienzo de la senda que lo conduciría allí, ahora que Su pueblo estaba conociendo en forma creciente el poder divino que Él poseía. Con esta esperanza, ella lo habría dejado ir cuando salió de Su hogar paterno en Nazaret, para vivir en Cafarnaúm con Sus discípulos.

Esto marcó un gran cambio en la vida de María. Por treinta años, ella tuvo el privilegio de vivir bajo un mismo techo con su Hijo, quien era el Hijo de Dios, del cual emanaba permanentemente el brillo de la gloria del Señor. En su calidad de madre y confidente de Jesús, ella mantuvo con Él una profunda y tierna relación de amor que es natural entre una madre digna y su hijo. Y ahora tenía que desprenderse completamente de Él, en un proceso que había comenzado cuando Jesús tenía 12 años, y Dios trazó por primera vez la línea divisoria en el alma de María.

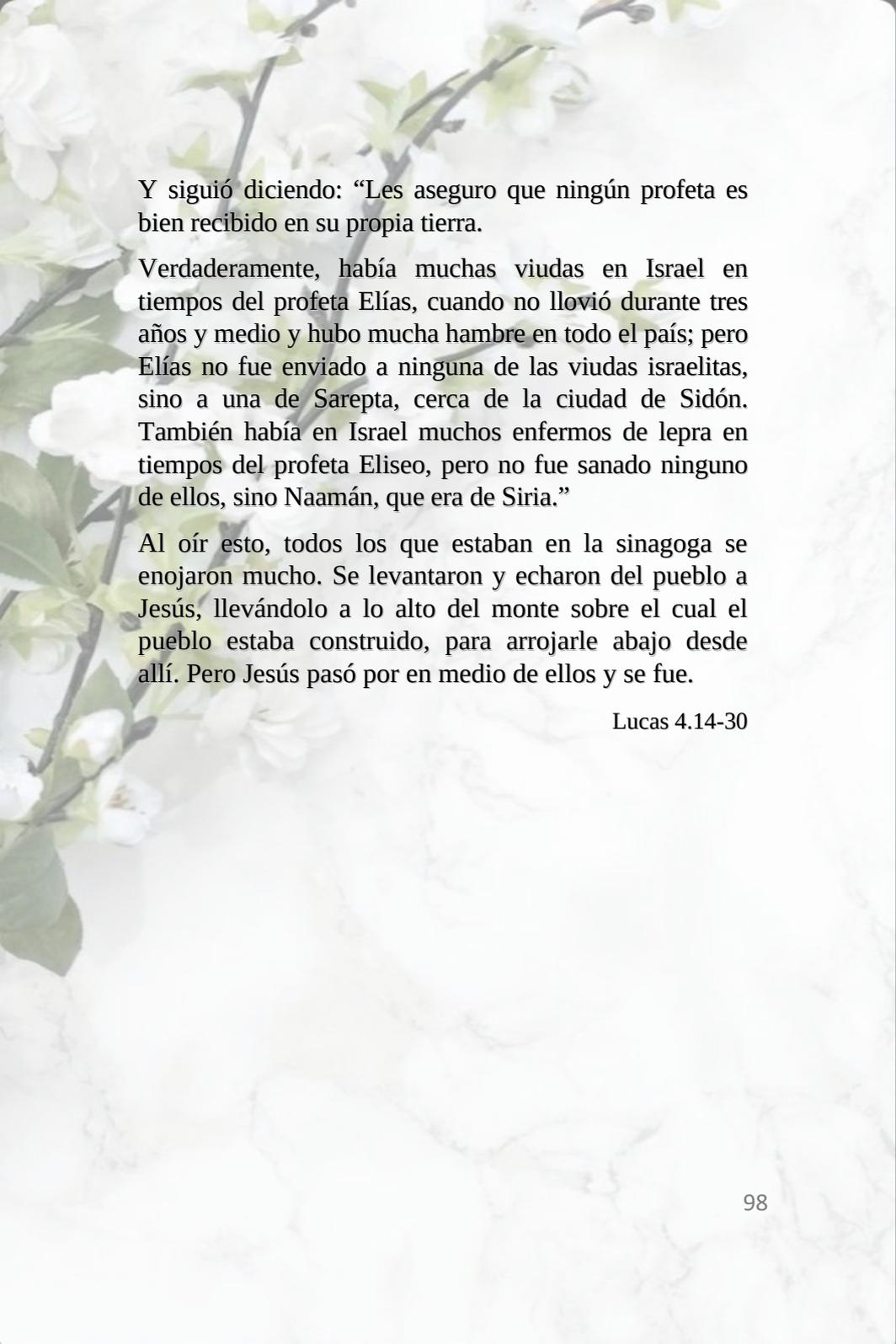


Jesús volvió a Galilea lleno del poder del Espíritu Santo, y se hablaba de Él por toda la tierra de alrededor. Enseñaba en la sinagoga de cada lugar, y todos le alababan.

Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado. En el día de reposo entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se puso de pie para leer las Escrituras. Le dieron a leer el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el lugar donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor”.

Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los que estaban allí seguían mirándole. Él comenzó a hablar, diciendo: “Hoy mismo se ha cumplido esta Escritura delante de ustedes.” Todos hablaban bien de Jesús y estaban admirados de las cosas tan bellas que decía. Se preguntaban: “¿No es éste el hijo de José?”

Jesús les respondió: “Seguramente ustedes me dirán este refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Y además me dirán: Lo que oímos que hiciste en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu propia tierra.”



Y siguió diciendo: “Les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra.

Verdaderamente, había muchas viudas en Israel en tiempos del profeta Elías, cuando no llovió durante tres años y medio y hubo mucha hambre en todo el país; pero Elías no fue enviado a ninguna de las viudas israelitas, sino a una de Sarepta, cerca de la ciudad de Sidón. También había en Israel muchos enfermos de lepra en tiempos del profeta Eliseo, pero no fue sanado ninguno de ellos, sino Naamán, que era de Siria.”

Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enojaron mucho. Se levantaron y echaron del pueblo a Jesús, llevándolo a lo alto del monte sobre el cual el pueblo estaba construido, para arrojarle abajo desde allí. Pero Jesús pasó por en medio de ellos y se fue.

Lucas 4.14-30



¿Hubo alguna vez una persona que experimentara un golpe tan abrumador en sus esperanzas como el que recibió María poco después de que Jesús inició Su ministerio público? En las primeras semanas luego de Su salida de Nazaret, ella supo que estaba realizando hazañas portentosas, que Su fama se extendió por Judea y Galilea y que la gente se congregaba a Su alrededor, atraída por las grandiosas y maravillosas sanidades. En las bodas de Caná, María demostró cuánto había estado esperando la revelación de Su poder y gloria, así que los recientes acontecimientos la llenarían de profunda alegría. No sólo como madre, sino como la portadora de la promesa de Dios respecto a Jesús, ella se deleitaría al ver que las palabras de Dios se estaban convirtiendo en realidad. Finalmente, Jesús empezaba a manifestar Su misión como Salvador de Su pueblo.

Y entonces volvió a Su antiguo hogar en Nazaret. Con seguridad, allí le esperaba una bienvenida diferente en comparación con la que había recibido en otras ocasiones. Regresó, tal vez, después de hacer obras fuera del pueblo. Con seguridad, Sus paisanos lo recibirían con gran expectativa y regocijo, y por fin lo honrarían en lugar de verlo despectivamente como el simple hijo de un carpintero. ¡Cómo pondría María sus esperanzas en Su venida, porque las noticias de

las poderosas hazañas de su Hijo con certeza habrían llegado también a Nazaret!

Fue un gran día para Nazaret, pero también para Su madre cuando Jesús habló en la sinagoga a Sus paisanos. Quizás por primera vez María le oyó pronunciar públicamente la Palabra. La divina sabiduría de Jesús, que había resplandecido dentro de Él, aunque de manera velada, durante Su conversación con los maestros de la Ley en el Templo, sería ahora visible para todos, en esta ocasión procedente de los labios del Hombre que había alcanzado la madurez. Se manifestaría que el Espíritu de Dios moraba en Jesús, sí, que Él estaba ahora hablándoles a Sus coterráneos como el Hijo de Dios.

¿Tendría María alguna visión anticipada de que, cuando Jesús fuera la próxima vez a Jerusalén, les hablaría en el Templo a grandes multitudes, y que los maestros de la Ley estarían otra vez allí escuchándolo con reverencia y tal vez ungiéndolo como Rey? Con seguridad, ahora todo el mundo reconocería en Él al Hijo de Dios. Con certeza, había llegado finalmente la hora en que ascendería al trono de David y la profecía del ángel se cumpliría. Jesús vendría a Su pueblo como el Mesías para salvarlo.

Quizás muy pocas veces había estado tan llena la sinagoga en Nazaret como en esa ocasión en que Jesús, un hijo de ese pueblo, empezó a hablar y sobre el cual se hacían comentarios tan maravillosos. Posiblemente

fue extraño que la gente lo escuchara con tanta atención como aquel día, porque las Sagradas Escrituras dicen: *Todos los que estaban allí seguían mirándole* (Lucas 4.20). Todos oyeron las poderosas palabras que salían de Sus labios, palabras tan llenas de gracia y sabiduría que todos se maravillaron . Sin embargo, ¿lo honraron? ¿Exclamaron acaso: “¡Este es verdaderamente el Hijo de Dios, nuestro Mesías! ¿Qué es lo que hemos hecho hasta ahora? puesto que no le hemos reconocido a pesar de que hemos convivido con Él y había veces cuando le hemos tratado mal e indignamente”? Porque tales actos carentes de bondad podrían haberse dado fácilmente en un lugar pequeño como Nazaret, donde todos vivían muy cerca.

Aparte de unas pocas voces que expresaban admiración, podemos suponer que en todos esos años en Nazaret, María había oído muchos comentarios que calificaban de peculiar a su Hijo, porque Él no era como los demás. Sin duda, estuvo sujeto a muchas críticas y frialdad, como generalmente le sucede a la persona a quien los demás no comprenden porque es diferente a ellos y es mucho mejor.

Jesús es despreciado por Sus paisanos, rechazado e incluso atormentado por los que lo envidian y buscan degradarlo porque se sienten humillados debido a las diferencias que pueden percibir entre Él y ellos.

Para el corazón maternal de María, ¡cuán agonizante tuvo que ser la experiencia de que su Hijo fuera

rechazado el día de Su revelación en el pueblo! Lo que más la martirizaba era que su Hijo había sido rechazado allí como Hijo de Dios, y no sólo por unos pocos sino por Sus coterráneos y muchos conocidos a quienes había visitado en sus casas y conocía desde la infancia.

Es imposible permanecer neutrales ante nuestra relación con el Mesías e Hijo de Dios. Así pues, la primera aparición pública de Jesús en el pueblo donde vivía y la consiguiente revelación de Su identidad causaron inmediatamente división, rechazo, enojo y odio feroz. Aun cuando Él era uno de ellos, ya que había crecido en medio de todos, y aunque de todas partes habían recibido noticias admirables acerca de Jesús, ellos lo expulsaron del pueblo, lo llevaron a la cima de la colina donde estaba construido el pueblo y, sin más lo iban a arrojar desde esas alturas.

La gente de Su pueblo fue la primera en amenazarlo de muerte y luego atentar realmente contra Su vida. ¿No ocasionó esto que la espada hiriera más profundamente el corazón de la madre de Jesús? Pero, no podía ser de otro modo, porque ella fue testigo de todo: oyó las palabras airadas y vio las demostraciones de odio, contempló con terror cuando lo llevaban a la cumbre de la montaña y sufrió una verdadera agonía cuando intentaron arrojarlo desde allí. La forma como Jesús salió librado no fue nada menos que un milagro de la intervención divina.

¿El Mesías, el Rey de Israel, instalado en el trono de David? Ahora todas las esperanzas de María yacían destrozadas a sus pies. ¡Cuán incomprensibles le debieron haber parecido los designios de Dios! ¿Podemos imaginar lo difícil que debió haber sido para María seguir viviendo en Nazaret? Ella había perdido a su Hijo completamente, porque después de ese asalto contra Su vida, era casi imposible que Él volviera alguna vez a Nazaret, y ella podría verlo sólo muy pocas veces.

Más aún, María vivía entre los que odiaban a su Hijo y, día tras día, suponemos que escucharía las injurias contra Él. Una vez más, fue humillada al ser la madre de Jesús.

Cuántos problemas debieron haberle causado sus parientes, en Juan 7.5 leemos: *Y es que ni siquiera sus hermanos\* creían en Él*, tal vez por la envidia que sentían tal como la de los hermanos del patriarca José, cuyas tribulaciones presagiaron las del Mesías.

Cuando se acercaba la Fiesta de los Tabernáculos, ellos criticaron y le reprocharon a Jesús, diciéndole: *“No te quedes aquí; vete a Judea, para que los seguidores que tienes allá también vean lo que haces.*

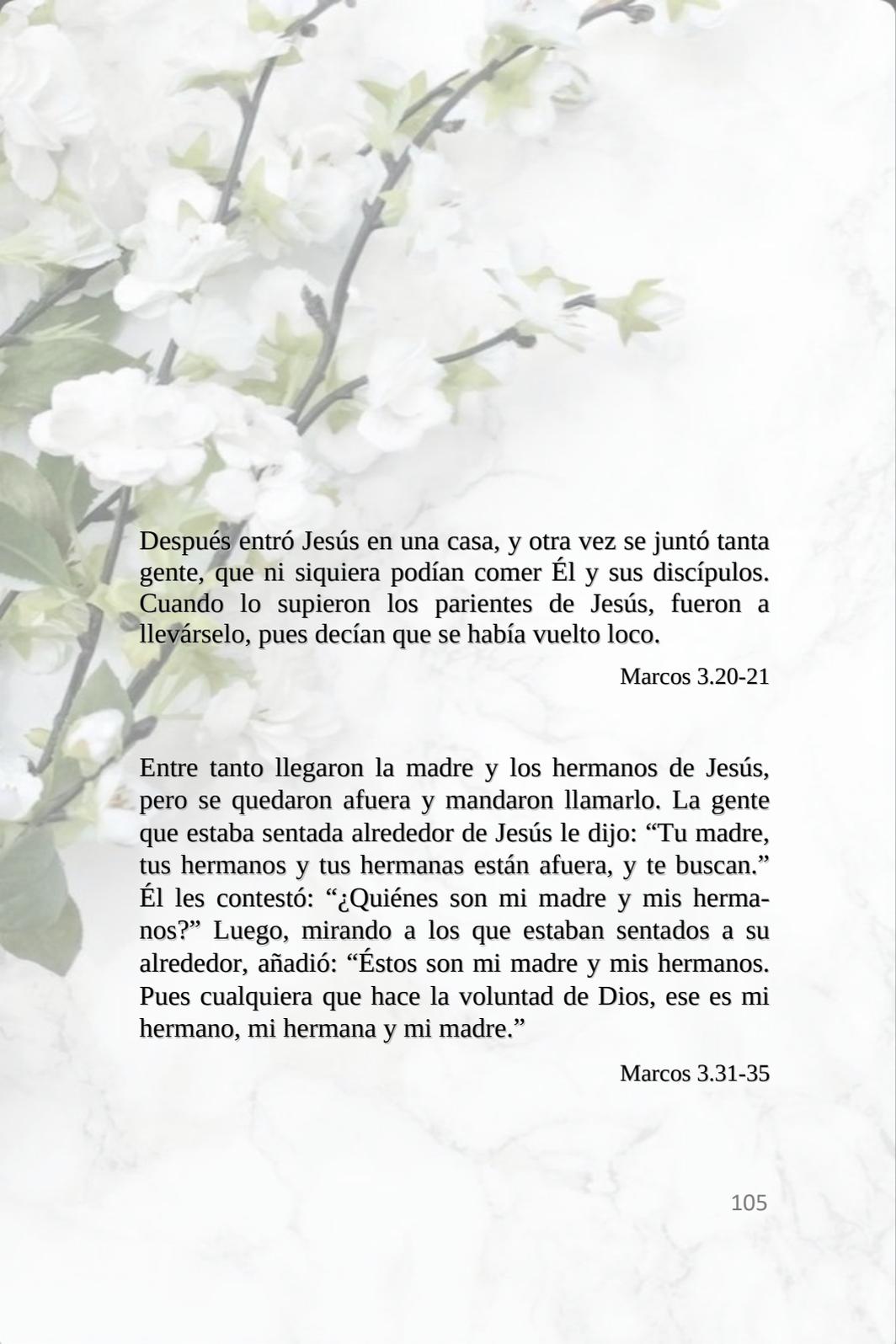
*\* El término hermanos generalmente está considerado por muchos en un sentido más amplio: primos, familiares.*

*Pues cuando uno quiere ser conocido, no hace las cosas en secreto. Ya que haces cosas como éstas, hazlas delante de todo el mundo” (Juan 7.3-4).*

Sin embargo, estos mismos hermanos lo habían visto haciendo una aparición pública en la sinagoga en Nazaret y ejerciendo Su ministerio abiertamente. Pero estaban enojados y furiosos con Él por Su comportamiento e hicieron de Su vida una miseria.

Ellos también harían miserable la vida de María Su madre, porque probablemente podían percibir cuán pendiente permanecía su corazón de madre de su Hijo y que ella creía en Él. Jesús era el Niño prometido, el Hijo de Dios, y el Hijo de María.





Después entró Jesús en una casa, y otra vez se juntó tanta gente, que ni siquiera podían comer Él y sus discípulos. Cuando lo supieron los parientes de Jesús, fueron a llevárselo, pues decían que se había vuelto loco.

Marcos 3.20-21

Entre tanto llegaron la madre y los hermanos de Jesús, pero se quedaron afuera y mandaron llamarlo. La gente que estaba sentada alrededor de Jesús le dijo: “Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera, y te buscan.” Él les contestó: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” Luego, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, añadió: “Éstos son mi madre y mis hermanos. Pues cualquiera que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

Marcos 3.31-35



Presumiblemente, la Biblia se refiere a los “hermanos de Jesús” cuando dice que Sus parientes salieron a buscarlo para encargarse de Él, declarando que no estaba en sus cabales, pues en el mismo capítulo leemos que Sus parientes más cercanos llegaron a preguntar por Él. ¿Acaso el veredicto de Sus familiares: “Él está loco” no refleja la actitud condenatoria de Sus coterráneos, de todos los que lo habían escuchado en la sinagoga? Habiéndolo rechazado una vez, ahora tenían que justificar su hostilidad hacia Él. Tal vez lo acusaban de ser un holgazán que vivía de las limosnas y los bienes de las mujeres, y consideraban que debía estar trabajando, en lugar de vagar por todo el país como alguien que hacía milagros, lo cual causaba conmoción en todas partes.

Todo esto debió llenar de angustia a María, quien anhelaría poder hablar con su Hijo. No sabemos qué deseaba decirle. Quizás sólo quería verlo de nuevo y desahogar su corazón con tantas preguntas acerca de Su camino, el cual no parecía conducir al cumplimiento de la promesa. Además, María vivía supremamente preocupada por la vida de su Hijo. Con seguridad escucharía comentarios acerca de las intrigas y conspiraciones de los fariseos, que se mencionan antes en este capítulo (ver Marcos 3.6). Quizás sentía en su corazón que Él debía permanecer más alejado de la gente ahora que Su vida estaba en peligro. Por

otro lado, la multitud lo presionaba tanto que ni siquiera tenía tiempo de comer, lo cual sería motivo de preocupación para María. ¿Y quién puede saber qué más la perturbaría? Como una frágil mujer que había nacido en medio de una humanidad pecadora y sujeta a tentaciones, le era imposible comprender las acciones de su Hijo, y todas las murmuraciones de los nazarenos aumentarían sus dudas. Probablemente por esta razón se apresuró a buscarlo para hablar con Él. Al oír que Sus parientes estaban preguntando por Él, Jesús dijo: *“Los que cumplen la voluntad de Dios son mi hermano, mi hermana y mi madre”*, con lo cual acentuó más agudamente la línea divisoria trazada con Su conducta en el Templo cuando tenía 12 años. Jesús no acudió a Su madre como ésta le había pedido, y aunque ella anhelaba verlo para hablar con Él, tuvo que dejarlo ir, cortando los lazos de maternidad humana y liberándolo para que cumpliera Su grandiosa misión divina.

Algunos interpretan estos versículos del Evangelio de Marcos bajo el significado de que la única relación que María tenía con Jesús era de un nivel humano, es decir como Su madre. Pero, considerando que María tuvo que atravesar el doloroso proceso de separarse de su Hijo y de cortar los vínculos humanos que los unían, ¿no era esta actitud una señal de que ella había sido llamada a seguir a Jesús en un nivel espiritual como Su discípula? Y si ninguno de Sus parientes podía com-

prender Sus designios, y hasta Juan el Bautista empezaba a tener dudas, entonces con seguridad María afrontaría conflictos interiores al observar el rumbo que había tomado la vida de su Hijo. Su fe podría ser genuina sólo si se probaba en el crisol de las dudas y las tentaciones. Esto de ninguna manera desvirtúa lo que dicen las Sagradas Escrituras acerca de María “*¡Dichosa tú por haber creído!*” (Lc 1.45). El hecho de que ella sufriera tantas angustias y conflictos interiores hace aún más creíble su caminar con el Señor.

La respuesta de Jesús, dada públicamente, marcaba una nueva etapa en su camino de discipulado. Humillada en la presencia de toda la gente, María tuvo que aceptar que ya no era Su madre conforme a la carne sino solamente por el Espíritu de Dios, si ella obedecía en todo al Hijo. Un gran cambio se hizo evidente en sus relaciones con Jesús: antes Él tenía que estar sometido a María como Su madre; ahora, ella debía someterse a Él y cumplir la voluntad de Dios, tal como Él se lo había revelado. Sólo entonces podría continuar perteneciéndole a Él.

¿Las palabras de Jesús en Marcos 3. 31-35 no traspasarían como una espada su corazón de madre? Porque aquí Él escogió, no a nivel humano sino a nivel espiritual, a otra madre y hermanos: aquellos que cumplieran la voluntad del Padre. ¿En ese momento doloroso pensó María en la profecía de Simeón acerca

de la espada, y diría de nuevo: “Hágase en mí según tu palabra”? Como Su vida estaba caracterizada por esta frase, ella batallaría una vez más con un obediente: “Hágase en mí”, para probarse a sí misma que era la humilde sierva del Señor, cuya pequeñez Él había mirado con complacencia. Ésta es la razón por la cual ella también era la madre de Jesús en un sentido espiritual, porque hacer Su voluntad es la característica sobresaliente para llegar a ser Su madre.

Si por un lado María tenía que morir a su antigua vida, ante el anuncio de que cualquiera que hiciera la voluntad de Dios podría ser madre de Jesús; por el otro, ella fue la primera en recibir la grata noticia que ahora podemos recibir todos nosotros: cualquiera que viva en la obediencia de la fe tendrá el privilegio de traer a Jesús al mundo como lo hizo Su madre; gozará de la dicha de ser hermano y hermana de Él; del privilegio de pertenecer a Él completamente y de compartir todo con Él. En otra ocasión, en respuesta a la entusiasta exclamación de una mujer sobre la alegría de haberlo concebido, Jesús dijo: “*¡Dichosos más bien quienes escuchan lo que Dios dice, y le obedecen!*” (Lucas 11.28). Aquí también demostró Jesús cuán preciosa es la maternidad espiritual. Y ésta es la maternidad que María conservó, como consta al mencionar frecuentemente el hecho de que ella obedecía Sus palabras.

La lanza penetra profundamente;  
la herida en Su costado  
declara ahora a los pecadores:  
el Salvador ha muerto;  
por mi bien, mi Señor tuvo que sufrir.

Su sangre fluye libremente de la herida  
de Su costado, para que los pecadores  
puedan hallar salvación y sanación  
en la Sangre del Cordero, puro y santo.

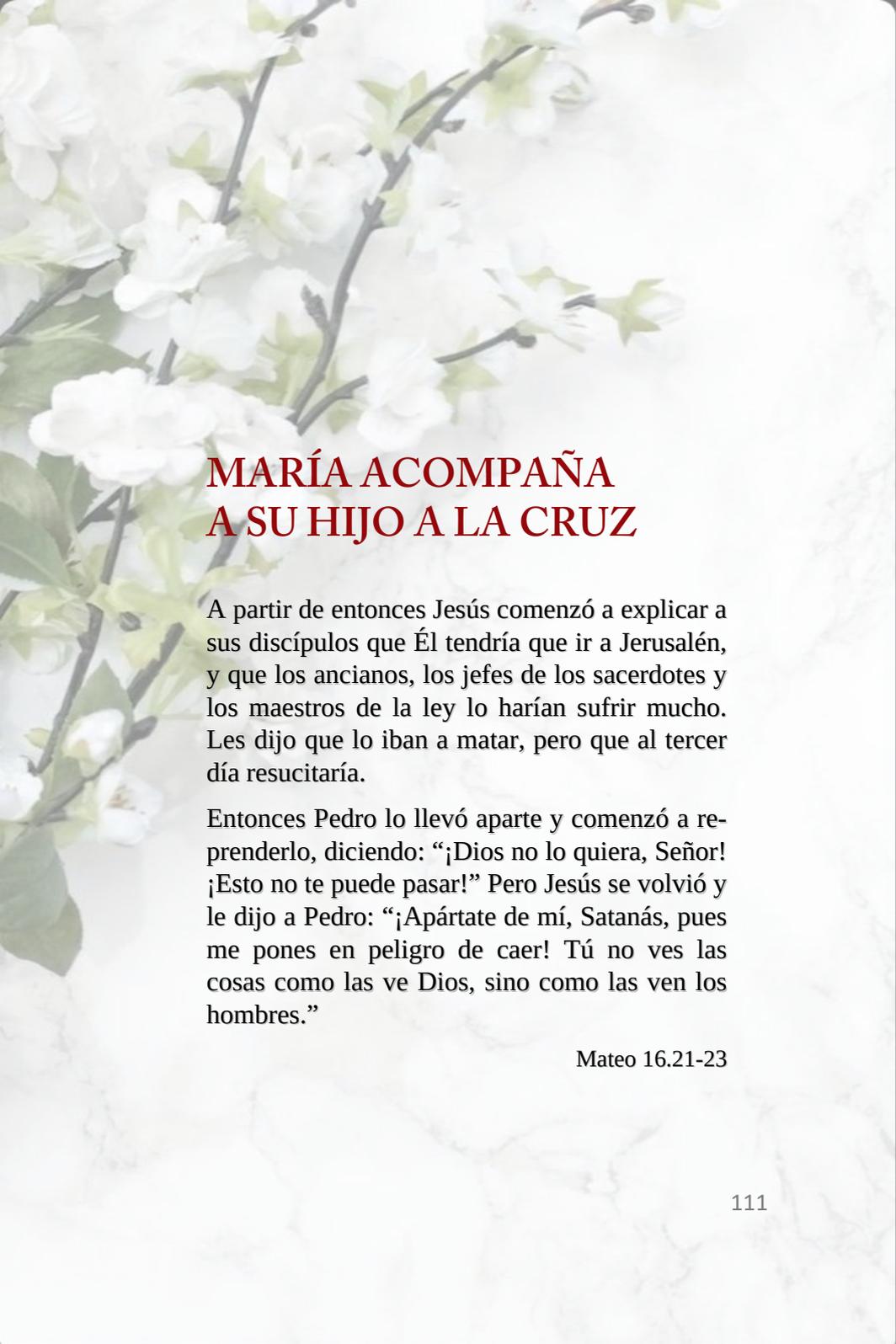
Y quien esté cercano al corazón  
de nuestro Señor, está llamado a sentir  
con Él cómo se traspasa la lanza,  
el dolor causado por nuestros pecados.  
Ya podemos encontrar vida en el torrente  
carmesí y puro que fluye del costado  
del Cordero de Dios. Por Su preciosa  
Sangre somos sanados.

Y María, dedicada por amor a su Señor,  
compartió el dolor de la lanza en Su costado,  
que traspasó su propio corazón.  
La sangrante herida y el ardiente dolor,  
lo sintió María repetidamente,  
impresa en su alma, una y otra vez.

Oh María, ¡cuántos dolores  
y angustias soportaste!  
Te damos gracias por haber  
permanecido con nuestro Señor  
y por sufrir voluntariamente  
todos los tormentos.

Queremos estar contigo  
al pie de la Cruz de Jesús  
y en espíritu soportar con Él  
Sus penas, pérdida y dolor,  
unidos con Él en Su sufrimiento.





## MARÍA ACOMPAÑA A SU HIJO A LA CRUZ

A partir de entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que Él tendría que ir a Jerusalén, y que los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley lo harían sufrir mucho. Les dijo que lo iban a matar, pero que al tercer día resucitaría.

Entonces Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprimirlo, diciendo: “¡Dios no lo quiera, Señor! ¡Esto no te puede pasar!” Pero Jesús se volvió y le dijo a Pedro: “¡Apártate de mí, Satanás, pues me pones en peligro de caer! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres.”

Mateo 16.21-23



**D**e todos aquellos que amaban a Jesús y lo seguían durante los tres años de Su ministerio público, ¿cuántos sospechaban que Su muerte era un asunto inminente?

Seguramente, Sus discípulos eran conscientes del gran antagonismo de los fariseos, ya que una y otra vez fueron testigos de cómo buscaban dar muerte a Jesús. Pero María, quien con su intuición y compasión de madre podía percibir con rapidez todo lo que acontecía con su Hijo, escucharía que Su vida estaba amenazada, ya que los peligros que Él afrontaba eran de conocimiento público, y todo esto pesaba continuamente en su corazón.

Sabemos cuál fue la reacción de los discípulos cuando Jesús les habló claramente de Su Pasión y Muerte. Ellos no lo recibieron. No comprendieron Sus palabras, como lo dicen las Sagradas Escrituras. No consideraron verdadero, ni remotamente posible que Jesús fuera a morir. Hasta un hombre como Pedro dijo: “¡Esto nunca te sucederá!”. Mirando hacia atrás, nos preguntamos cómo podía hablar así y tratar de evadir el sufrimiento. Sin embargo, considerando las circunstancias en las cuales había dicho esto, es comprensible. Pedro era quien había creído y declarado que Jesús era el Hijo de Dios. Y el mismo Jesús había dicho repetidamente que Él era la vida eterna. ¿Cómo, pues, los hombres podían matar a Dios? La vida eterna es inmortal.

¿María habría pensado en forma diferente? Incluso antes del nacimiento de Jesús se le dio a conocer de un modo sobrenatural que el Niño al que iba a dar a luz era el Hijo de Dios. ¿Y no había ella experimentado en muchas ocasiones la protección milagrosa, comenzando con la matanza de los inocentes y la huida a Egipto? Después, cuando Sus paisanos en Nazaret intentaron arrojarlo desde la cima de la montaña, Jesús pasó por en medio de ellos y siguió Su camino libremente. La muerte no lo podría tocar. Además, ella recibió de labios del ángel una promesa especial de que su Hijo ascendería al trono de David.

María debió haber esperado firmemente que esta promesa se cumpliera, porque ya se había convertido en realidad la otra promesa, la referente a que el Espíritu Santo vendría sobre ella y concebiría por el poder del Espíritu de Dios.

¿No estaba María obligada a aferrarse a la promesa del ángel, especialmente viendo que ella la había tomado seriamente? ¿Se le permitiría pensar, suponer o creer que Jesús ahora moriría prematuramente, a la edad de 33 años, con Su obra todavía sin terminar? Para María pensar en esto sería falta de fe y también desobediencia a Dios.

Ella no pudo haber comprendido, como tampoco los discípulos pudieron —ni siquiera cuando Jesús ascendió al cielo— que Él no establecería Su Reino en Israel durante Su vida en la tierra, ni tampoco después de Su Resurrección, o por el milagro de Pentecostés

(ver Hechos 1.3.6). Sólo cuando pasen más de dos mil años, cuando Jesús venga otra vez, sea recibido por Su pueblo como el Mesías, establezca Su Reino en Israel y ascienda al trono de David, se cumplirá a cabalidad la promesa concerniente a Su Reino eterno. No obstante, todo esto era aún un misterio escondido a los ojos de los discípulos.

Todo le habrá parecido a María quizás sin sentido, al aproximarse los días en que Jesús debía recorrer Su camino de sufrimientos, que terminarían en el tormento y muerte. Dios había ordenado que esta última fase de tribulaciones, que culminaría en la Crucifixión, ocurriera poco antes de la Pascua Judía. Sabemos que José y María iban cada año a Jerusalén a celebrar esta fiesta. En consecuencia, María estaba en la ciudad durante esos días e inevitablemente pasó por todas esas angustias. Verdaderamente, ella tuvo que soportar mucho más que los terribles sufrimientos de una madre que ve a su hijo morir tan horriblemente. Ella sufrió en carne propia, al compartir los dolores de su Hijo, y padeció también espiritualmente, tal como sufrió Abraham cuando condujo a su hijo al lugar del sacrificio.

¡Cuán terriblemente debió sufrir Abraham cuando se le ordenó ofrecer a su propio hijo y sacrificarlo él personalmente! Pero para él, la mayor angustia implicaba tener que enterrar una de las promesas de Dios. Parecía como si el Señor se estuviera contradiciendo a sí mismo. Como un elegido de Dios que lle-

vaba consigo las promesas divinas, Abraham apreciaba en sumo grado los consejos y propósitos de Dios. Sin duda, iba a ser el instrumento para llevarlos a cabo, por lo cual el sacrificio que de él se exigía tocaba la fibra más sensible de su corazón. Por tanto, estaba en peligro de perder la confianza en Dios y de que su fe se desmoronara. ¿Acaso no es cierto que podemos soportar los más grandes sufrimientos si descansamos en la voluntad de Dios, sabiendo que en sendas difíciles nos conduce a la gloria? Pero los caminos del sufrimiento se vuelven duros e insoportables si están cargados de pruebas y tentaciones, porque entonces nos resulta difícil entender a Dios, quien pareciera estar actuando en contra de Sus promesas.

Éste era el gran conflicto interior en que se encontraba María al recibir las noticias del arresto de su Hijo, el cual ella a duras penas podía creer. En vez de pasar libremente por entre Sus captores y demostrar Su poder divino, como lo hizo en Nazaret, Jesús permitió que un pequeño grupo de soldados le atara las manos, y se sometió a ellos como un ser humano débil e impotente. En la triunfal procesión de Sus enemigos, Jesús fue arrastrado al Sanedrín para ser juzgado ante los mismos hombres que hacía mucho tiempo lo estaban buscando para matarlo.

¡Cuán angustioso debió haber sido para el devoto corazón de María que los líderes religiosos del pueblo, a quienes ella consideraba como representantes de Dios en la Tierra, procedieran en contra de su Hijo

en nombre de Dios, y que Dios no se pusiera del lado de Jesús aunque era Su Hijo! ¿No podría Jesús haber convencido a escribas y fariseos con Sus palabras, como lo había hecho en el Templo hacía bastante tiempo, cuando tenía 12 años? ¿No podría haberles demostrado con grandes hazañas que Él –y no ellos– había sido comisionado por Dios? Como al discípulo Pedro, a María se le vería una y otra vez en las cercanías del palacio del Sumo Sacerdote, con el fin de estar cerca de Jesús y conocer los últimos acontecimientos, sin perder nunca la esperanza de que Jesús les demostrara quién era Él en realidad.

Hasta el último instante, probablemente, los discípulos habrían esperado y confiado, en que Jesús probaría que era el Hijo de Dios, que era el Rey de Israel y que hacía milagros. Tal vez ellos tenían la secreta esperanza de que, precisamente, cuando el Sanedrín y el pueblo buscaban condenarlo a muerte, Jesús se manifestaría como el Único que tenía poder sobre ellos y ante el cual todos debían inclinarse. Pero entonces María tuvo que oír que Anás y Caifás habían declarado reo de muerte a su Hijo, con lo cual desapareció toda esperanza.

Sin embargo, quedaba una luz de esperanza: Jesús únicamente podría ser ajusticiado si el procurador Pilato daba su consentimiento. ¿No era razonable suponer que Pilato rehusaría ratificar la sentencia de muerte? Como romano, seguramente él no tendría interés en ordenar la ejecución de un hombre judío que

no podía ser acusado de ningún crimen. Llena de ansiedad y angustia, María debió haber permanecido entre la multitud en el patio de la fortaleza de Antonia, escuchando desde lejos el desarrollo del juicio contra Jesús. ¡Cómo le dolería el corazón, casi destrozado por la carga de penas y angustias, cuando vio a su Hijo expuesto a un odio mucho más grande que el que había afrontado en Nazaret, cuando Sus paisanos trataron de matarlo! Ella recibió una herida en lo más vivo de su ser al oír que Su propia gente, incitada por los fariseos, le gritaba a Pilato esas palabras terribles y llenas de odio: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Saquen de aquí a este hombre!”.

¡Qué desgracia para María que su Hijo, encomendado a ella como Hijo de Dios, fuera considerado un criminal indigno de vivir en esta Tierra! ¡Qué enorme angustia para ella que Él sólo hubiera cosechado odio, de todo ese gran amor y bondad que sembró durante muchos años entre Su pueblo! ¡qué impotencia más grande, que dolor para una frágil mujer. Ni siquiera uno de todos los hombres que le debían la vida a Jesús, ni uno sólo de Sus discípulos habló a Su favor. Ahora, la multitud ni siquiera se pronunció para dar testimonio de Él y hacer un esfuerzo por salvar Su vida.

Mediante el rechazo y el odio, la gente demostró repudio hacia el Santo que yacía en Él, hacia el Dios mismo, y esto debió haber entristecido a María aún más profundamente. Aunque muchos aspectos de Su

divina filiación eran un misterio para ella, pocos sabían mejor que Su madre que Él era indudablemente el Santo, el Hijo de Dios. Y entonces de su corazón brotaba un grito de agonía: “¿No puede ser que Él vaya a morir asesinado! ¿No dijo Dios en Su mensaje que Su Hijo era la Vida eterna y que se convertiría en el Rey de Israel?”. ¡La espada que Simeón había profetizado para ella traspasaba su corazón una y otra vez, y se hundía más profundamente en él!

El camino de sufrimientos de Jesús, en lugar de terminar inmediatamente en la muerte después de Su arresto, se prolongó durante muchas etapas: los cuatro juicios, las burlas, los azotes y la corona de espinas. Como María acompañó a su Hijo a la Cruz, ella compartió espiritualmente el dolor de cada paso a lo largo de esa vía dolorosa.

María supo con toda certeza acerca de Su flagelación y del cruel sufrimiento de cada azote. No sabemos si ella realmente vio a su Hijo cubierto de sangre y amarrado al poste de flagelación en el patio del palacio de Pilato. Y si ella estaba presente, sin duda habría mirado hacia otro lado, pues era incapaz de soportar este suplicio. Se le habría despedazado el corazón al oír el ruido de los latigazos sobre Su cuerpo. Por cierto tiempo, ella tuvo el privilegio de cuidar ese cuerpo, en la infancia y, al hacerlo, indudablemente pudo percibir algo del misterio de Dios manifiesto en la carne. María supo del dolor tan lacerante que le causarían las púas de hierro de los lá-

tigos cuando perforaban Su carne y arrancaban trozos enteros de ella. Por los informes de los castigos infligidos a los criminales, ella sabría cuán cerca de la muerte estarían aquellas víctimas. Pero ahora, cuando su propio Hijo permanecía en un charco de sangre, María no podía hacer nada. No había forma alguna en que pudiera ayudarle. Todo lo que podía hacer era dejar que la espada se hundiera más profundamente en su corazón con cada paso que daba por Su camino de desolación.

Tampoco se le ahorró a María el ver a su Hijo expuesto públicamente a una extrema vergüenza y degradación. Ante toda la gente que se había reunido en Jerusalén para la fiesta, Jesús fue presentado con una corona de espinas y una túnica roja. Él estaba desfigurado, irreconocible, con la cara golpeada e hinchada por los latigazos y los golpes de la vara, y con Su túnica manchada con la saliva de los que lo habían escupido. De las heridas causadas por las espinas que le perforaban la cabeza y la frente, la sangre escurría continuamente sobre Su rostro.

Éste fue el estado en que María vio a su Hijo, quien, de acuerdo con la promesa que ella había recibido, estaba destinado a usar la corona como Rey de Israel. En ese momento, el último rayo de esperanza que había en ella probablemente se apagó y sólo pudo orar fervorosamente: “¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!”. Su sufrimiento era tan profundo

que casi sobrepasaba el dolor que un corazón humano puede soportar.

Sin embargo, los dolores y penas de nuestro Señor Jesús no habían terminado. Él tendría que soportar la plenitud del sufrimiento por nuestra causa, con el fin de obtener para nosotros la plenitud de la gloria. Así pues, a Él no se le suprimió ningún dolor, ni siquiera el de la muerte cruel en la Cruz. Dios llevó hasta la meta Su plan de salvación para la humanidad. De acuerdo con el grado de nuestros pecados y culpas, Jesús tenía que beber hasta el final el cáliz del sufrimiento en la Cruz, para así aplastar la cabeza de la serpiente. Sólo cuando Él llegó a ser una maldición por nosotros en la Cruz –como dicen las Escrituras: “Maldito todo el que muere colgado de un madero” (Gál. 3.13)– podría redimirnos.

Al compartir el camino de Jesús, a María no se le liberó de ninguna aflicción. Muy rara vez una madre sufrió con su hijo tal cantidad de dolores y tormentos físicos, o tanta angustia en su alma.

Su espíritu también se vio destrozado por los sufrimientos, atormentado por las pruebas y las tentaciones, porque María no pudo comprender más los designios de Dios, y la agonía de las promesas no cumplidas era casi intolerable.

Luego, Jesús tuvo que cargar Su pesada Cruz hasta el Calvario. Quizás los escribas iban adelante, anunciando al sonido de trompetas qué criminal estaba

siendo conducido al sitio de ejecución. La multitud lo seguía por dondequiera que pasaba dando gritos de burla y sarcasmo. En las angostas calles de Jerusalén, no sólo le lanzaban insultos e improperios, también es probable que de los balcones le arrojaran objetos y lo escupieran, pues bien sabemos que esa gente estaba impulsada por el odio y la furia. Es muy probable que, como lo dice la tradición, Jesús cayera varias veces abrumado por el peso de la Cruz y por la debilidad, puesto que ya había sido torturado y estaba a punto de morir.

Su madre estaría en medio de la multitud o tal vez permanecía en una de las calles laterales, tratando de verlo, mientras Él se tambaleaba bajo el peso de la Cruz, en medio de las burlas de la muchedumbre. No es difícil pensar que María se vio sujeta también al escarnio y al ridículo. ¿Acaso Pedro no fue inmediatamente reconocido como uno de los que andaban con Jesús, por lo cual fue señalado con desprecio? Esto mismo puede muy bien haberle sucedido a María. Sólo Dios sabe cuánto sufrió ella, pero Él recoge nuestras lágrimas (ver Salmo 56.8) para ponerlas después como perlas en nuestra corona en el cielo, porque, conforme sea nuestro sufrimiento, así será nuestra gloria.

La procesión llegó a la cumbre del Gólgota. Jesús fue despojado de Sus vestiduras y quedó desnudo delante de todo el pueblo. Después fue puesto sobre el madero, y el terrible momento llegó para María cuando

oyó los martillazos con que los inmensos clavos eran hundidos en Sus manos y pies. En otros tiempos, ella había oído con frecuencia los golpes del martillo cuando José y Jesús clavaban puntillas en la madera. Pero esta vez, –¡oh, cuán incomprensible debió ser esto para ella!– el martillo empujaba los clavos que traspasaron las manos y los pies de su propio Hijo. ¿No saldrían de los labios de María gritos de horror al ver la crueldad del trato que recibía su Hijo?

Y Dios permanecía en silencio. Estaba callado y permitía que sucediera todo esto. ¡Qué angustia la que embargaría el alma de María! Ella vio a su Hijo sufrir agudos dolores, porque la crucifixión es conocida como una de las más terribles formas de muerte: las víctimas con frecuencia perdían el sentido, y se dice que rugían como fieras. Pero Jesús sufrió como un cordero. Tal vez lo único que brotó de Sus labios fue un suave gemido. Él padeció los tormentos en toda su intensidad, bebiendo hasta la última gota de ese cáliz de amargura, y junto a Él estaba Su madre, quien permanecía al pie de la Cruz.

Con excepción de Juan, todos los discípulos se habían ido, pero María se quedó para compartir Su dolor. ¿Qué otra prueba mayor de genuino discipulado?



Junto a la Cruz de Jesús estaban Su madre, y la hermana de Su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a Su madre, y junto a ella al discípulo a quien Él quería mucho, dijo a Su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” Luego le dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre.” Desde entonces, ese discípulo la recibió en su casa.

Juan 19.25-27



¿En quién colocaría Sus ojos Jesús durante las difíciles horas de Su agonía? En María, Su madre. Él, que necesitaba consuelo como nunca antes y que pronto exclamaría: “Dios Mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Marcos 15.34), no quería que Su madre se sintiera abandonada en su profundo dolor, ahora que Él tenía que dejarla. Jesús conocía lo que ella tenía que soportar, aunque nosotros estemos inclinados a olvidarlo o a desconocerlo. Ésta es la razón por la cual Él le dirigió esas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”.

Esas palabras, pronunciadas por Jesús en una hora de muerte, de tal agonía, tienen un significado muy especial para nosotros. Las palabras que brotaban de los labios de Jesús, manifestaban cuáles eran los sentimientos más profundos de Su alma: un amor lleno de perdón para toda la humanidad; la seguridad triunfante de haber cumplido Su obra y la rendición de Su voluntad, entregando Su Espíritu en las manos de Su Padre. En esa hora, Jesús experimentó la profundidad de la agonía y del abandono de Dios, pero, al mismo tiempo, Su corazón rebosaba de compasión y ternura por Su madre y por el discípulo más cercano a Él. Sí, a quienes más lo amaban y sufrieron por Su causa, les dirigió la última mirada y las palabras finales, tal como con frecuencia lo hacen las personas cuando van a morir.

Y Jesús le dijo a Su madre: “Juan es ahora tu hijo”. ¡Cuánto encierran esas palabras! ¿Por qué Jesús le entregó a Juan, como hijo, a María? Fue Dios quien le habló a ella por medio de Jesús. El Señor da cuando reclama algo de nosotros. Ésta es una ley divina. Jesús sabía cuánto dolor le causaría a Su madre que Dios lo alejara de ella. Este sufrimiento no puede compararse con el de otra madre cuando pierde a un hijo en la flor de su vida, por grande que sea su dolor.

No hay aflicción como la de María porque, de acuerdo con la promesa de Dios, su Hijo no le sería arrebatado antes de que ella experimentara el cumplimiento de Su Reinado. Sin duda, la muerte no podría haberlo tocado jamás, puesto que Él era el Hijo de Dios.

Al saber que el dolor de María sería inmenso, Jesús le otorgó el consuelo divino de confiarle un hijo, un hijo espiritual. Jesús le entregó a ella el discípulo que lo había amado y comprendido más en Su filiación y misión divinas, y mediante el cual Jesús estaría más cerca de ella. En Juan, María recibió el verdadero legado de su Hijo, pues él era el discípulo predilecto de Jesús, muy cercano a Su corazón. Ahora, ella pasaría el resto de su vida con él.

¡Y cuánto habrá significado para Juan que Jesús le dijera: “Ahí tienes a tu madre”! Con esto, Él también deseaba darle a este discípulo un consuelo especial, porque la desolación de Juan al ver el trágico final de su Maestro, sin duda, era más grande que la del resto

de los discípulos. Así, Jesús le concedió la gran alegría de compartir su hogar, de allí en adelante, con la mujer que había estado más cercana a Su corazón. Aun antes del nacimiento de Jesús, María había recibido de Dios instrucciones acerca de su Hijo, y desde el primer instante de su vida ella compartió con Él Sus sufrimientos, necesidades y todo lo demás.

Sí, Jesús quiso llevar a Juan a una relación más cercana con Su madre, con el fin de que preservaran algo de Él consigo.

Con Sus palabras en la Cruz, amorosamente les da consuelo y seguridad a Su madre y a Su discípulo Juan. Esto fue un presagio de la divina recompensa por su sufrimiento y por haber perdido a Jesús en tan horrenda crucifixión. ¿Pudo María sentir el consuelo que el amor de Jesús le ofrecía mientras estaba al pie de la Cruz? El hecho de que Jesús ahora le entregara como hijo a Su discípulo en cambio de Él mismo, debió haber sido también para ella como una nueva herida de la espada y un profundo dolor. Pero una cosa segura es que debe haberla consolado recibir de los labios de su Hijo, el Hijo de Dios, la expresión personal del gran amor de Jesús por su bienestar y una demostración de cuánto la pensaba y se preocupaba por ella. Así pues, María tuvo el privilegio de seguir siendo madre, si no de Jesús, del que había sido tan cercano a Él, Su discípulo Juan, y sin duda a muchos otros.

Posteriormente, cuando nuestro Señor Jesús ascendió a los cielos y Juan ya la había recibido en su casa, ella le daría las gracias a Jesús por recibir este consuelo y tarea para su vida. A ella se le había confiado una maternidad espiritual para la cual fue preparada por Dios en el transcurso de los años, por medio de la dolorosa separación de su Hijo y de todas las heridas que recibió.

Después de que María fue consolada, de los labios de Jesús brotó este desgarrador clamor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Aquél fue el último y más terrible sufrimiento que María tuvo que compartir en su alma con Jesús. Con similares palabras, su alma también pudo haber lanzado un grito semejante: “¿Dónde está mi Dios ahora? ¡Sí, Dios mío, Tú me has abandonado! en estos caminos...!”.

Su alma se habría convertido en un gran grito de desesperación. Si Jesús, como Hijo de Dios, clamó con fuerza: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, ¿no es probable que María, quien como un ser humano frágil estaba mucho más expuesta a dudas y tentaciones, hubiera gritado al ver el resultado de las promesas y propósitos del Señor: “Dios mío, Dios mío, ¿qué has hecho?”. Desesperanza, agonía y muerte era todo lo que había quedado. Pero entonces oyó las palabras de Jesús: “*Todo está cumplido*” (Juan 19.30) y lo que sólo Él, el Hijo de Dios, podía expresar: “¡Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu!”. Después de decir esto, exhaló Su

último suspiro. ¿Pudo María entender estas palabras finales de Jesús o ellas simplemente llegaron a su corazón desde lejos? Probablemente parada al pie de la Cruz, María aún no pudo comprender lo que estaba sucediendo: el Hijo de Dios había cumplido Su obra. Sí, para Jesús todo había concluido: Su obra se había completado; las palabras “¡Todo está consumado!” eran una realidad. Para María y Sus discípulos esta expresión se vio opacada por la tristeza y la desesperación de que la muerte había triunfado.

Es imposible imaginar lo que estaba sintiendo María en el corazón, cuando el Ser que ella amaba por sobre todas las cosas, el Hijo de Dios, su Niño, había muerto en la Cruz. A ella le debió parecer que Sus enemigos habían ganado la victoria y que la vida y obra de Jesús yacían en ruinas. Acabaron con Él y Su Reino había llegado al fin. Jesús no se había convertido en Rey y gobernante de Israel, y todos los caminos seguidos en obediencia a las promesas de Dios carecían de sentido. Se percibía una sensación de que todo había terminado. María bebió también hasta la última gota amarga del cáliz del sufrimiento.





Todos ellos se reunían siempre para orar con los hermanos de Jesús, con María su madre y con las otras mujeres.

Hechos 1.14



**M**aría compartió la profundidad de los sufrimientos de Jesús en Su camino hacia la Cruz; por lo tanto, su experiencia de la Pascua y de Pentecostés debió haber sido muy grande. En el libro de los Hechos de los Apóstoles leemos cómo oraba y esperaba la venida del Espíritu Santo que se les había prometido. Si previamente la vida de María se había caracterizado por su llamado especial como madre de Jesús, ahora ella gozaba de la compañía de los discípulos y ocupaba un lugar en el grupo de los creyentes que, aunque todavía era pequeño, representaba el fruto del sacrificio de la muerte de su Hijo. Junto con los discípulos, ella humildemente esperaba la venida del Espíritu Santo, el Consolador prometido, aunque el Espíritu Santo ya se había acercado tanto a ella cuando, por el Poder del Altísimo, descansó sobre ella como una nube. Sin embargo, ahora tendría lugar un nuevo nacimiento, uno espiritual: el nacimiento del Cuerpo de Cristo.

El camino que María había recorrido con Jesús como Su madre ya había culminado. Ahora ella esperaba la llegada del Espíritu Santo ¡Qué maravilloso Pentecostés debió haberle preparado el Señor! Pero su alegría por la venida del Espíritu Santo, en cumplimiento de la promesa de Dios, no era sino un presagio del gozo que ella cosecharía en el mundo celestial por toda la eternidad, cuando se cumplieran finalmente todas las promesas de Dios.

Sí. Estas palabras se aplican para María: *Dichosos ustedes los que ahora lloran, pues después reirán* (Lucas 6.21). María reirá alegremente por toda la eternidad y celebrará la victoria de Jesús, la redención que Él forjó, Su reinado sobre Israel y todas las naciones de la Tierra. Ella se gozará y cantará himnos de alabanza al ver que todas las promesas de Dios se han cumplido gloriosamente después de recorrer senderos de profundo dolor.

Mientras más grande sea la misión, mayor será el sufrimiento. Así pues, era inevitable que la vida de María se consumiera en la plenitud del sufrimiento. Ella estuvo sumergida en angustias y tribulaciones, pero por esta razón también tuvo el privilegio de disfrutar de la gloria en plenitud. Si en la Tierra padeció inmensamente porque su Hijo, en vez de recibir el Reino prometido, sufrió sólo desprecios, ¡cómo gozará María en la gloria celestial al ver a Jesús adorado y honrado en el trono de Dios! Y al haber recibido personalmente la promesa de Su Soberanía sobre Israel, María seguramente se regocijará más que cualquier otro ser, dándole gracias y adorándolo, cuando Su Pueblo finalmente reconozca a Jesús como Su Rey y le rinda el debido homenaje.

Sí, si nosotros tomamos parte en los sufrimientos de Jesús, también participaremos de Su gloria. Éste es el testimonio de las Sagradas Escrituras: *Si sufrimos, tendremos parte en su reino* (2 Timoteo 2.12) y *...si es que realmente sufrimos con Él para después estar*

*con Él en su gloria (Romanos 8.17). Con esplendor real, a María se le permitirá ahora morar en Su trono, porque Él ha hecho de nosotros un reino; nos ha hecho sacerdotes al servicio de Su Dios y Padre (Apoc. 1.6). Ahora contemplará continuamente a Jesús, a quien ama con toda su alma y por cuya causa su corazón fue traspasado por una espada, y ella reinará con Él como lo han prometido las Sagradas Escrituras a los que salgan vencedores (ver Apocalipsis 3.21).*



## EPÍLOGO

Las cosas santas de Dios están demasiado alejadas de los conceptos terrenales para ser comprendidas por la razón humana. Cuando cruzamos el umbral de esta santa esfera, sólo podemos inclinarnos con reverencia y adoración. En el racionalismo, el hombre buscaba entender todo (de los milagros de la Biblia), y lo que no podía comprender lo rechazaba. En contraste, las Sagradas Escrituras advierten el misterio que rodea las cosas santas de Dios y las trata con cuidado.

En lugar de hacer una disección de todo, trata dichos asuntos muy discretamente y con gran delicadeza. Y por ello no debe sorprendernos que se haya escrito tan poco acerca de la madre de Jesús, María. ¿No es suficiente que el hecho vital esté atestiguado? Ella tuvo que ver con el más santo de todos; el Hijo de Dios mismo nació de ella como ser humano y fue su Niño. María, por lo tanto, está incluida en la esfera de las cosas santas de Dios.

Solamente quien no haya perdido ese sentido de reverencia y admiración cuando entra en contacto con algo santo, sólo aquél que se descalza cuando pisa suelo sagrado, tal como lo hizo Josué cuando se le apareció el Príncipe de los ejércitos del Señor (ver Josué 5.15), llegará a intuir un poco el misterio de María, la madre del Señor. Él podrá comprender el milagro por el cual un miembro de nuestra raza humana pecadora

recibiera el privilegio de convertirse en la madre del Hijo de Dios.

Martín Lutero reverenciaba a María toda su vida. Dijo que nunca podremos honrarla suficientemente como la mujer más noble, y después de Jesús, la joya más preciosa para la cristiandad.

Aunque las Sagradas Escrituras dicen que desde entonces todas las generaciones llamarán a María bienaventurada (ver Lucas 1.48), debo confesar que por muchos años yo fui una de las personas que nunca lo había hecho. Yo no había ocupado mi lugar entre estas generaciones. Ciertamente, yo había leído en las Sagradas Escrituras cómo Elisabet, esa mujer favorecida por Dios, inspirada por el Espíritu Santo se dirigió a María como “la madre de mi Señor”. Sin duda, ella le rindió a María el más grande honor al decirle a su prima, mucho más joven que ella: “¿Quién soy yo, para que venga a visitarme la madre de mi Señor?” (Lucas 1.43). Así también, yo debería haber seguido el ejemplo de Elisabet acerca de cuál era la actitud correcta. No obstante, no honré a la madre del Señor ni con un solo pensamiento, palabra o canción, y mucho menos la consideré como alguien que nunca podía ser suficientemente honrada, como dijo Lutero.

Al escribir este libro acerca de la vida de María, como la conocemos en la Biblia, era consciente de que tenía una deuda, ya que había fallado en honrarla conforme a lo señalado en la Palabra de Dios. Por la gracia del Señor, desde hace unas décadas, he venido

aprendiendo a amar y reverenciar a María, a medida que he contemplado su vida en profundidad, con base en las Sagradas Escrituras. Es mi oración que el Señor pueda usar este libro para que entre nosotros, los evangélicos, María, la madre de nuestro Señor, vuelva a recibir el amor y la honra que se le deben prodigar conforme a las Sagradas Escrituras.

Quiero declarar con gratitud cómo he sido bendecida por el testimonio de la obediencia de María, su compromiso total y su voluntad para aceptar difíciles misiones, y grandes pruebas y aflicciones.

María, la tierna madre de Cristo, llevaba una vida de humildad y nos enseña a conocer, amar y alabar a Dios con su espíritu de completa sumisión, sus palabras y su ejemplo.

¿No debería brotar de nuestros corazones acción de gracias para con María? Con su Sí, ella tuvo el privilegio de traernos al Hijo de Dios, a Jesús, el Mesías, la Salvación del mundo, quien nos abrió de nuevo las puertas del paraíso.

Al reconocer lo que nos ha dado, ¿no debemos amarla? Entre nosotros los apóstoles Pablo y Pedro son recordados con gran amor. Con frecuencia nos sentimos muy cercanos a ellos espiritualmente, y los honramos por sus vidas de discipulado. Le damos gracias a Dios por Pablo el apóstol porque sabemos que, si no hubiera sido por él, el mensaje de Jesús no nos habría llegado a nosotros los gentiles. Llenos de

gratitud, honramos a los mártires, cuya sangre es la semilla de la Iglesia. ¡Sin embargo, con cuánta frecuencia olvidamos darle las gracias a Dios por la madre de Jesús, María!

¿No se cuenta ella entre la “nube de testigos” que nos rodea (ver Hebreos 12.1) y cuyo testimonio está destinado a fortalecernos para la carrera que tenemos que emprender? Si honramos a los apóstoles y a los discípulos, tomándolos como ejemplos para nuestras vidas, y honramos a los arcángeles, enviados para servicio a favor de los fieles (Hebreos 1.14), ¿cómo podemos excluir a María, quien fue la primera en compartir con Jesús Su camino a la Cruz y que, como madre Suya, estaba tan cercana de Él?

El temor a aminorar la gloria de Jesús fue una de las causas que de que en nuestra Iglesia Evangélica se negara a María honra y reverencia. Pero siempre que se rinde el debido honor a María, o a cualquier otro discípulo de Jesús, en realidad se engrandece la gloria del Señor, porque Él es quien la escogió, la favoreció y la convirtió en Su instrumento. La fe, el amor y la entrega de María estaban dirigidos a Dios y Él fue el centro y la gloria de su vida Así pues, es mi deseo cumplir lo que dicen las Sagradas Escrituras y no entristecer a nuestro Señor Jesús con una actitud irreverente hacia María o ignorarla. Porque ella es Su madre, que lo llevó en su seno, lo dio a luz , lo crio, y de quien el Espíritu Santo dijo, cuando habló por intermedio de Isabel:

*“¡Dichosa tú por haber creído...!”*(Lucas 1.45).

Jesús está esperando que honremos y amemos a María. Esto es lo que nos dice la Palabra de Dios y, por tanto, es Su voluntad que así lo hagamos, porque sólo los que obedecen Su Palabra lo aman de verdad: *“El que me ama, hace caso de mi Palabra; y mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a vivir con él”* (Juan 14.23).

Bendita sea María,  
la madre de nuestro Señor,  
a la pura y humilde doncella  
démosle honra y amor.  
Con Elisabet celebremos  
por lo que Dios ha hecho en ella:  
confió en Su promesa  
y nos trajo al Mesías.

Bendita sea María,  
la madre de nuestro Señor,  
a la pura y humilde doncella  
démosle honra y amor.  
Ella dio su Sí, y dijo humildemente:  
“Hágase en mí según tu palabra”,  
y recorrió el camino solitario y oscuro  
que conducía al Calvario.



Bendita sea María,  
la madre de nuestro Señor,  
a la pura y humilde doncella  
démosle honra y amor.  
Ella sufrió tentaciones, pruebas,  
dolores grandes y conflicto interior,  
cuando vio que no se cumplía  
lo que se le había profetizado.

Bendita sea María,  
la madre de nuestro Señor,  
a la pura y humilde doncella  
démosle honra y amor.  
Como ordenaron las Escrituras,  
hoy te llamamos bienaventurada:  
con corazones agradecidos alabamos a Dios  
por tu inmensa fe y confianza.

Bendita sea María,  
la madre de nuestro Señor,  
a la pura y humilde doncella  
démosle honra y amor.  
Como fuiste tan humilde,  
Dios te elevó a las alturas;  
por eso con gozo alabamos a Dios  
y exaltamos Su gloria.



## OTROS LIBROS DE M. BASILEA SCHLINK

Algunos de estos libros los puedes **DESCARGAR GRATIS** yendo a este **LINK**:

<https://kanaanhispano.net/descargas/>

**MI TODO PARA ÉL** 208 pp.

"Mi vida cambió completamente desde que abrí mi corazón al mensaje del primer amor a Jesús. Nunca antes había experimentado cuánta felicidad hay en amar a Jesús, y cómo esto hace que todo lo demás pierda su importancia."

**DÉJAME ESTAR A TU LADO** 160 pp.

Una narrativa sobre la Pasión de Jesús. "Nunca he leído un libro, que de una manera tan conmovedora, nos haga entender los sufrimientos de Jesús como si estuviéramos allí."

**EL PADRE DE TODO CONSUELO** 256 pp.

Una palabra de consuelo para cada día, de nuestro Padre celestial. A veces, en tiempos de tristeza y aflicción, no nos damos cuenta que Dios quiere revelarnos Su amor paternal. Estas lecturas nos fortalecen y ayudan a desarrollar una relación personal de amor y confianza como para con Él.

Este devocional lo puedes instalar en tu teléfono haciendo clic en este **LINK**<https://play.google.com/store/apps/details?id=org.kanaan.father&hl=es>

**ENCONTRÉ LA LLAVE AL CORAZÓN DE DIOS**

Autobiografía. "Aquí encontré a Jesús, el Dios vivo, y no teorías. Aquí descubrí el corazón de Dios y los secretos sobre una relación profunda de amor con Jesús, que me hizo anhelar un amor más profundo para con Jesús y un andar más cerca de El".

### **GUIADOS POR EL ESPÍRITU** 136 pp.

"Hubiera agradecido tener este libro mucho antes. Es muy equilibrado y una ayuda verdadera para todos los que se interesan en conocer más al Espíritu Santo."

### **ARREPENTIMIENTO, UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA** 106 pp.

¿Es realmente verdad? Sí, miles lo han descubierto. Este libro ha ayudado a sanar matrimonios y vidas. El arrepentimiento es una llave de oro hacia una vida rebosante de alegría.

### **EL TESORO ESCONDIDO DEL SUFRIMIENTO** 118 pp.

De las riquezas de sus experiencias personales, la Madre Basilea comparte cómo podemos descubrir el tesoro que está escondido dentro de cada prueba y sufrimiento, a la luz del amor de Dios. Esto nos ayudará a tomar las decisiones correctas, cuando nos encontramos en las encrucijadas dolorosas de la vida.

### **ASÍ SEREMOS DIFERENTES** 224 pp.

¿Cómo podemos vencer el pecado? M. Basilea Schlink prescribe una receta de "medicina espiritual", tratando uno por uno los rasgos pecaminosos que manchan la vida de cristianos, ayudándonos a reconocerlos en nosotros, y señala el remedio. Podemos ser transformados, ganando la victoria sobre nuestros pecados en el poder de Jesucristo, nuestro Salvador y Señor resucitado.

Madre Basilea (Dr. Klara Schlink, 1904 – 2001) es la fundadora de la Hermandad Evangélica de María en Darmstadt, Alemania. Una comunidad que surgió en 1947 después de la Segunda Guerra Mundial.

En su vida, pasó por muchas experiencias dolorosas y pruebas, el camino de María, tal y como lo atestiguan las Santas Escrituras, se convirtió cada vez más en una bendición para ella. Por eso Madre Basilea sintió en su corazón que a través de este libro, podría ayudar a que muchos cristianos evangélicos honren de nuevo a la madre de nuestro Señor, tal y como lo señala la Palabra de Dios.



De un lector:

Ningún libro me ha acercado tanto a Jesús como este. Toda mi perspectiva de la vida cristiana ha cambiado. Ahora veo que se trata de amor, fe, humildad y fidelidad – características que María refleja tan bellamente en su vida.

Sentimos su profundo dolor en la crucifixión, cuando todas las expectativas parecen romperse, y nos alegramos ante el glorioso desenlace que Dios le tiene reservado en la Pascua y Pentecostés. La lectura de este libro ha sido una revelación espiritual para mí, acercándome así más al corazón de Dios.